

Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba



Octubre a Diciembre 1933
Año XII • Número 39

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
I.—Don Fernando Amor y Mayor, por <i>José Amo</i>	269
II.—Comentarios a una visita a la Exposición: Conferencia pronunciada en la Diputación el día 13 de Noviembre de 1931, por <i>José Manuel Camacho Padilla</i>	275
III.—El Poeta Manuel de Sandoval, por <i>Benigno Íñiguez</i>	297
IV.—Una página de la historia de Córdoba, por <i>Antonio Sarazá Murcia</i>	311
V.—Contestación al discurso de don Antonio Sarazá Murcia, por <i>Manuel Enríquez Barrios</i>	335
VI.—Antología de Córdoba.....	341

CONSEJO DE REDACCIÓN

D. José de la Torre y del Cerro, Presidente.

D. Antonio Carbonell, *don Antonio Gil Muñiz* y *don José Manuel Camacho Padilla*, Vocales.

PRECIO DE SUSCRIPCION

Diez pesetas al año.—Número suelto, tres pesetas.



BOLETIN

de la

Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

DE CORDOBA



Año XII

Octubre a Diciembre 1933

Núm. 39



1933

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA



Boletín de la Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba

AÑO XII


OCTUBRE A DICIEMBRE 1933

NÚM. 39



D. FERNANDO AMOR Y MAYOR

Académico numerario de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Catedrático de Historia Natural en el Instituto de Córdoba.
Nació en Madrid en 1820. - Murió gloriosamente por la Ciencia en el Hospital Francés de San Francisco de California, en 21 de Octubre de 1863.



Don Fernando Amor y Mayor

En uno de los cementerios de Córdoba existe una sepultura, ya muy olvidada, que tiene una expresión melancólica diferente de las construcciones de su género. Está constituida por una columna, rota casi en su base, y en ésta el nombre de la persona cuyos restos guarda.

Muchas veces he estado contemplando este singular panteón, y me inspiraba un interés creciente en proporción de las noticias que adquiría sobre él. Allí había terminado un drama amoroso, del que uno de sus protagonistas murió en lejanas tierras, cubierto de gloria científica y social, y seguramente recordando dulces alegrías gustadas en otros días de fogosa juventud.

Una de las circunstancias que contribuyeron a aumentar este interés, fué la lectura de un pequeño libro titulado: *Recuerdos de un viaje a África*, en el que su autor demuestra muy a las claras ser un espíritu distinguido, además de entusiasta decidido por las ciencias naturales.

En este libro refiere sus excursiones por las tierras de Tánger y de Tetuán; las plantas que llamaron su atención, los animales que observó en sus íntimas costumbres; los insectos que recogió para sus colecciones, y sus relaciones con los sabios naturalistas a quien halló en las relaciones sociales a que se prestaba su carácter amable.

Pero no se adivina solamente en el relato a que aludo sus condiciones de sabio e investigador naturalista, sino que se vé también al hombre distinguido y galante que sabe corresponder a las atenciones de que es objeto, y en la prolija descripción de las prendas que usan los judíos, y en la pintura que hace de su belleza, se comprende fácilmente su galantería y sus inclinaciones, de las que dejó en Córdoba muchos y expresivos recuerdos.

El personaje a que vengo aludiendo se llamaba don Fernando Amor; mi vida no ha coincidido con la suya, pero he tratado con intimidad a personas dignas de fe que lo conocieron y trataron, y a los que he oído referir las particularidades de su carácter.

La actividad y la flexibilidad de su genio le permitían concurrir asiduamente a reuniones y saraos, donde hacía preponderante papel a desempeñar cumplidamente su cátedra, a formar el actual gabinete de Historia Natural en el Instituto, a hacer los preparativos para otro que organizaba el Marqués de Cabriñana, a emitir informes a las Corporaciones Municipal y Provincial, y a pesar de todas estas tareas, cuentan que era curioso verlo en tiempo oportuno, con su manga al hombro para coger mariposas, y los instrumentos de autómogo en el bolsillo, subir a pie a nuestra sierra en busca de insectos y otros animales que atraían su curiosidad.

El conocimiento de estos y otros pormenores, unido a mi deseo de dar a conocer a algunas de las personas que han sobresalido en Córdoba y tan injustamente olvidadas, me indujeron a escribir un estudio biográfico de don Fernando Amor. Buscando datos y noticias para mi trabajo, he hallado la siguiente biografía contenida en un libro titulado *Historia de la Comisión Científica del Pacífico*, escrita por el P. Agustín F. Barreizo. Lo acabado y completo de este estudio y el convencimiento que adquirí por su lectura, de que no podría hacer otra cosa que repetir, con iguales o parecidas palabras, el contenido de esa prólija labor, me han hecho que la reproduzca por completo, contando con la venia de su amable y sabio autor. Dice así:

«He aquí otra víctima del olvido y de la incuria. Medio siglo, largo de talle, ha transcurrido ya desde el fallecimiento de este mártir de la Ciencia, sin que hasta la fecha se le haya dedicado ni el homenaje más sencillo ni el recuerdo más modesto. Sólo su retrato, conservado en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, nos trae a la memoria sus méritos y servicios, viajes por tierras americanas y el triste fin de sus días allá en la gran ciudad de San Francisco de California. A subsanar tan lamentable injusticia tienden estas líneas que ahora le consagramos, como tributo de gratitud, aunque pobre y de poca valía.

Don Fernando Amor era hijo de Madrid, donde nació en 1820. Hizo sus estudios en la Universidad Central, cursando Ciencias y Farmacia, recibiendo en 1840 el título de Bachiller en Ciencias y Farmacia, recibiendo en 1840 el título de Bachiller en Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

El 45 se doctoró en Farmacia, y un año después fué Catedrático interino del Instituto de Cuenca.

El 47 pasó al Instituto de Córdoba con el mismo carácter de interino, y el 51 fué ya nombrado en propiedad; confiándosele además de su asig-

natura, las de Física y Química. Carecía dicho centro de gabinete de Historia Natural, y el nuevo Profesor recibió el encargo de formarlo, cumpliendo a satisfacción su cometido, mediante el sistema de cambios.

Poco tiempo después, la Junta de Agricultura le dió el encargo de dirigir la destrucción de la langosta que alcanzó gran desarrollo por entonces.

En 1849 giró una visita de inspección a este Instituto, el Rector de la Universidad de Sevilla don Santiago Fernández Negrete, quien escribió acerca de aquel Catedrático, el siguiente informe: «Don Fernando Amor y Mayor, soltero, natural de Madrid, de 30 años de edad, es joven celoso, lento, aplicado, aficionado al estudio de las Ciencias Naturales, en las que hace notables progresos. Es de buena presencia, de maneras finas, querido en la población, apreciado de sus discípulos e indudablemente uno de los mejores Catedráticos del Instituto de Córdoba».

Por esta época entra don Fernando en un período de gran actividad científica, sosteniendo relaciones con los entomólogos franceses Tarnier de Marseul, y especialmente con sus antiguos Profesores Graells y Pérez de Azavedo. A éste se dirige el 20 de Agosto del 53, en la forma siguiente: «Querido amigo, hace pocos días tuve carta de Mr. Tarnier, quien me dice haber pasado a Córdoba si un accidente funesto no se lo hubiese impedido... La carta que me escribe tiene por objeto ofrecerme sus relaciones científicas y verificar cambios. Enseguida le contesté aceptándolas y enviándome para verificar las segundas...»

He estado arreglando el catálogo de las especies de coleópteros para enviártelo a Mr. de Marseull, y resultan 430 especies determinadas, 400 por determinar, a las que hay que añadir las que D. Mariano tiene, de las que no conservo ejemplares, y las nuevamente adquiridas en esta campaña.

En lo que he trabajado mucho ha sido en plantas; las tenía un poco abandonadas, pero he dedicado a ellas todo el año. He hecho subir el número de fanerógamas a más de mil, algunas magníficas...»

Un año después (5 de Enero del 54), escribe de nuevo al señor Tarnier en esta forma: «Mi querido amigo: Ayer recibí la colección de Tarnier; estoy preparando su envío y el de V., que no será tan grande como yo quisiera, pues me es preciso corresponder a dicho señor por lo que me ha enviado...»

Don Fernando siguió con la misma constancia sus trabajos y su correspondencia científica, tanto con los españoles como con los franceses Fairmaire, Chevrolat y otros, durante los años siguientes hasta 1862.

El año 58 preparó además colecciones de maderas acometidas por insectos, para la Escuela de Montes, Universidad de Sevilla, Instituto de Córdoba, etc.

Estos trabajos no fueron obstáculo para el cabal desempeño de otras comisiones que le confiaron diversas entidades oficiales. En 1849 fué nombrado miembro de la Comisión provincial, para informar al Gobierno de su majestad sobre las pesas y medidas de la provincia. En 1850, individuo de la Comisión encargada de promover la concurrencia a la Exposición Universal de Londres; un año después, representante de la Junta de Agricultura de la provincia de Córdoba, para informar sobre el resultado de un ensayo de navegación por el Guadalquivir por un nuevo sistema de balsas, para la conducción de trigos, aceites y otros productos agrícolas. En este mismo año recibió del Alcalde Corregidor de Córdoba, el encargo de practicar los análisis de artículos sospechosos.

En 1854, es nombrado vocal de la Comisión encargada de promover la concurrencia a la Exposición Universal de París, y algunos meses después, la Diputación y la Junta de Agricultura provinciales, eligenle para representante suyo en la citada exposición, con el fin de que estudie allí los progresos agrícolas.

La Diputación le da las gracias con fecha posterior, por el buen desempeño de su cometido, y le encarga la formación de la correspondiente Memoria que había de imprimirse a expensas de la misma Diputación.

Como acabamos de ver, don Fernando Amor era por estas fechas persona de nombradía y prestigio justamente adquiridos, y de aquí el interés con que muchas corporaciones científicas le llamaron a su seno.

El 47 fué elegido Socio Corresponsal de la Academia Escolapia; el 52 le invita el Comité de Candidaturas de la Academia Nacional Agrícola, Manufacturera y Comercial de París, a pertenecer al número de sus miembros; el 53 recibe el nombramiento de individuo de la Sociedad Entomológica de Francia; el 54 el de miembro de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y el 56 idéntico título del Círculo Científico y Literario de Málaga. También mereció una medalla en la Exposición Universal de Londres del año 1851, por la colección de minerales de la provincia de Córdoba, que mandó allí, e idéntico galardón en la de París del 55 por la de insectos que atacan al arbolado. Con este motivo

redactó un trabajo de positivo valor, titulado «Estudios sobre la Agricultura en sus varias aplicaciones, hecho en la Exposición Universal de París» (1).

El 57 tuvo lugar en Madrid la Exposición Agrícola Española, y donde no sólo promovió la concurrencia a ella, sino que también presentó en la misma una colección forestal muy completa de la provincia de Córdoba, ostentando además la representación de ésta.

Fué también individuo de la Comisión nombrada con objeto de redactar las bases para el reglamento de la Escuela de Agricultores, que según Real Orden debía establecerse en Córdoba.

En 1859 hizo un viaje a Marruecos, que duró desde el 19 de Julio al 7 de Agosto. Estuvo en Tánger y en Tetuán, y llevó a cabo numerosas excursiones a diferentes localidades, recogiendo curiosos e interesantes datos acerca de las costumbres de moros y judíos, aparte del material botánico y zoológico abundante y selecto. Al regresar dió sus impresiones a la estampa, primero en el periódico «Andalucía», y después en un libro ameno y atractivo por la viveza y el gracejo de su estilo (2).

El año 1862 fué trasladado al Instituto de Valladolid; tomó posesión de la cátedra hacia el 20 de Mayo, y cuatro días después, recibía carta del señor Pérez Arcas, invitándole a formar parte de la Comisión del Pacífico. No vaciló un momento don Fernando: esta empresa era, en primer lugar, muy adecuada a sus entusiasmos de naturalista y a sus aficiones de explorador, y le proporcionaba, por otro lado, un recurso insustituible para salvar ciertos compromisos a que le había conducido su exaltado romanticismo. «Estoy pronto a marchar, contestó él, suceda lo que suceda en Córdoba». En efecto, dos meses después embarcaba en la fragata «Nuestra Señora del Triunfo», para aquel viaje, del cual no había de volver...

Quedan ya consignados en esta historia los principales episodios que tuvieron lugar en la navegación desde Cádiz hasta el Brasil. Al llegar los expedicionarios a la Isla de Desterro, Amor escribe a Pérez Arcas la siguiente carta con fecha 17 de Noviembre del 62. «Mi querido Laureano. Aquí nos tienes a Paz, Martínez, Espada y a mí, que venimos a pasar quince días por consejo de inteligentes, porque esperábamos que ésto produciría más que Río Janeiro, y sobre todo más que Montevideo, donde ahora debíamos estar. Pero, amigo, también nos hemos llevado chasco. In-

(1) Un vol. en folio menor publicado por la Diputación Provincial de Córdoba.—1856.

(2) Recuerdos de un viaje a Marruecos.—Sevilla.—1859.—Un volumen en 4.º de 115 páginas.

sectos apenas se encuentran por la mala estación, pues aquí, contra lo que creíamos, hay su invierno, que es el que ahora está acabando.

Moluscos tan pocos, que hay días en que Paz y Martínez se vienen sin uno, y lo poco que encuentran insignificante. Esto es una pena, Laureano; es un viaje magnífico como viaje, pero que nos aflige como Naturalistas. Nos matamos a trabajar, *algunos*, y todo lo que hacemos es nada. Las cosas se necesita verlas para saber lo que pasa; cada día nos convenimos más. El reino vegetal magnífico; es lo único que produce en esta estación. Mariposas, algunas, pero las grandes y magníficas vuelan como águilas, se meten en la arboleda impenetrable y si logras alguna saliendo hecho un San Lázaro, te las hallas en la manga con las alas destrozadas. Así se explica que los colectores de Río y Bahía, no las adquieran más que de larvas.

Esto, y unido a ello los disgustillos interiores de la Comisión, acibarán continuamente la ilusión y alegría, de viaje tan magnífico.

Yo, además de mis insectos y rocas (estas formarán una serie no interrumpida de todos los terrenos que pisamos y es de lo que estoy satisfecho), me ocupo de un *diario extensísimo* para que sirva de base al *viaje pintoresco*, lo cual me hace no dormir ninguna noche más de *tres horas*.

El General me rogó fuera el que mandase la crónica a los periódicos de esa y tuve que darle gusto.

Ya he remitido a «La España» (que es el periódico que él quiere), dos cartas, una desde Cabo Verde y otra desde Bahía, pero ni una ni otra han venido insertas (1), atribuyéndolo a que no habiendo sido franqueadas, no las hayan querido recibir. Así, pues, te remito la tercera, primero para que corrijas si tiene algún defecto, pues ha sido escrita de batalla y en tres horas; segundo para que, si prefieres la inserte nuestro amigo Cuenca u otro amigo tuyo, lo hagas a tu gusto. En cualquier caso, necesito que se remita un número al Emperador del Brasil, dirigiéndola al Ministerio de Estado en Río Janeiro; otro al Ministro residente español en la misma capital; otro al General Pinzón; otro a mi cuñado don Isidro Ruiz Dana, en Córdoba; otro a Matilde Merás, en ídem, y otro al Rector de la Universidad de Valladolid. Paz y Martínez te escriben, por lo mismo yo no me extiendo más en algunas cosas.

Yo sabrás que hasta ahora nadie hemos recibido carta de España, sin duda por la falta de franqueo, así, pues te ruego me escribas repitiéndome todo lo interesante que antes me hayas dicho...

(1) Lo fueron con fecha posterior y constan, de consiguiente, en el citado periódico.

La colección de aves ha sido comprada. Para *interinos habrá hecho* (1) *hasta ahora unas cuarenta, que no sirven sino para tirarlas...*

Hemos relatado ya oportunamente el viaje de Amor, Paz, Martínez e Isern, desde Buenos Aires a Valparaíso, a través de las Pampas argentinas. Terminado aquél, hubieron de resignarse a permanecer en la segunda de dichas capitales y en las poblaciones próximas, por exigencias de la Esquadra, a cuyos movimientos se hallaban sometidos.

A principios de Abril del 63, salió por fin don Fernando para las minas de Copiapó y Cañarcillo y el Desierto de Atacama, dedicándose por espacio de tres meses a preparar una colección de rocas y minerales de cobre, plata y oro, valuada, según Almagro, en *cinco mil pesos*. Al terminar su campaña, sintió Amor los efectos de aquel clima mortífero y las consecuencias funestas de tantas fatigas y privaciones. Pronto aparecieron los síntomas de una dolencia hepática que agotó rápidamente sus energías. Se le embarcó en la fragata «Triunfo», y le fué tan perjudicial el viaje, que llegó a San Francisco de California en un estado de suma gravedad. Trasladado al Hospital francés, dejó de existir el 21 de Octubre de 1863, a las ocho de la noche.

Noticioso de la desgracia el señor Arzobispo de aquella ciudad, D. José Sadoc Alemani, dominico español, ordenó se le preparase una sepultura digna en el cementerio de *Monte Calvario*, y allí fué conducido el cadáver del infortunado Naturalista, acompañándole Puig, Gavey, Pérez de Lora y algunos amigos más.

Don Fernando confió al Médico las alhajas, el diario y apuntes y la cantidad de mil pesos, para que lo entregase a sus herederos, pero desgraciadamente no llegaron a su destino, por haber desaparecido en el incendio de la fragata «Triunfo».

Hé aquí como terminó sus días don Fernando Amor, primera víctima de la expedición científica del Pacífico.

No faltan en la Ciencia nombres de especies que recuerden el de este insigne Naturalista español; así lo atestiguan, el *Dorcadion Amori* Pérez Arcas, el *Largus Amori* Bolívar, *Helix Amori* Hidalgo, *Buprestis Douei* Luc. var., *Amori* Grlls., *Asida Amori* Pérez Arcas, *Rhipidius Amori* C. Bolívar.

De sus publicaciones se han citado ya las principales».

* * *

(1) Se refiere al disecador Puig.

El autor de las páginas que anteceden se lamenta, con sobrada justicia, del olvido que la sociedad actual tiene para ciertos hombres, yo me uno por completo a estos sentimientos, y deploro que el público, aun el que se dice ilustrado, se impresione por los que sólo se ocupan de fantásticas quimeras, y viven y medran prometiéndolo con malas artes paraísos imaginarios. En carta expresiva del P. Barreiro, que tengo a la vista, veo que hay por parte de algunas honorables personas el propósito de sacar del olvido a muchos hombres de ciencia, injustamente ignorados. Esa labor será en extremo meritoria.

Pero volvamos a la impresión que me causa el panteón del cementerio de Córdoba, a que aludí al principio, y que podrá parecer a algunos incongruente el tratar aquí. El P. Barreiro seguramente conoce las aventuras amorosas de don Fernando Amor en Córdoba cuando dice: *No vaciló un momento don Fernando en acometer la empresa del viaje al Pacífico, porque en primer lugar era muy adecuada a sus entusiasmos de naturalista y a sus aficiones de explorador y por otro lado un recurso insustituible para salvar ciertos compromisos a que le había conducido su exaltado romanticismo.* Y Amor dice en carta a Pérez Arcas: *Estoy pronto a marchar suceda lo que suceda en Córdoba.* La joven Matilde Merás duerme el sueño de la muerte en el panteón aludido desde el 31 de Octubre de 1862, dos meses después de la salida de Amor para América; en esa fecha nuestro naturalista atravesaba el mar desde Río Janeiro a Montevideo. En 17 de Noviembre escribe Amor a Pérez Arcas desde la Isla de Desterro una extensa carta en la que le encarga que remita un ejemplar del relato de su viaje, publicado en «La España» a Matilde Merás en Córdoba. Como se ve, el viajero no conocía la muerte de esta desgraciada joven, pero a pesar de la distancia y el tiempo, no se había borrado de su corazón la pasión que se dice sintió por la aludida señorita. Hay una circunstancia que tal vez no conocen algunos y que impedía llevar a término legal los amores de nuestro sabio y de Matilde Merás. Don Fernando Amor, antes que Ciencias y Farmacia, había estudiado Teología y estaba ordenado de Eyangelio.

JOSÉ AMO.



Comentarios a una visita a la

Exposición

Cuando el señor Presidente de la Excm. Diputación Provincial de Córdoba pensó en la serie de Conferencias que debían servir de colofón a este brillantísimo certamen que se celebra

Conferencia pronunciada en la Diputación el día 13 de noviembre de 1931, por

JOSÉ MANUEL
CAMACHO PADILLA

actualmente con tan elocuente éxito y que de manera tan notable y documentada inauguró ayer mi distinguido amigo y eminentísimo cordobés don Rafael Castejón y Martínez de

Arizala, se incluyó mi nombre entre los de los posibles conferenciantes. Tal vez obró influido por algún querido y cariñoso amigo; y yo lamento en el alma que en este caso, sugestionado y sugestionador reciban en la tarde de hoy un lamentabilísimo desengaño al ver cuán malamente cumplo con sus deseos; ni mis condiciones de orador, que son nulas, ni mis conocimientos en estas materias, bastante escasos, me permitían creer que iba a dar a este cursillo el más leve entono de arte o de ciencia.

Pero no quiero cargar la responsabilidad de este fracaso hacia quienes tan galantemente pensaron en mi concurso; cuando pude negarme, con razones de tanto peso, me dí cuenta de la enorme responsabilidad personal y colectiva de todos los españoles en la hora de ahora, y ofrendé en silencio mi prestación personal. Yo no puedo negar jamás mi colaboración a todo aquello que signifique deseo de estimular a las gentes a que trabajen; estamos ante una hora en la que es precisa la ayuda de todos para que se afiance la luz de la libertad que, al parecer, ha empezado a brillar en España. Hay que hacer todos los esfuerzos, y yo no he dudado en acudir al llamamiento; lleno de fé, porque pensaba que tal vez en mi esfuerzo pudiera encontrar alguna brizna aprovechable, y lleno de esperanza, porque me acordé de mis posibles oyentes, y creí adivinar en ellos todo el tesoro de bondad que la pobreza de mi trabajo necesita para ser perdonado del atrevimiento de venir a presentarse en público tan desnuda de inspiración y tan falta de los más elementales principios de policía y galanura.

Y para comenzar mi trabajo, me dispuse a hacer mi primera visita a

la Exposición, con la aguda mirada del crítico que desea recoger los más ténues matices y los más ocultos secretos. Y acudió a los puntos de mi pluma este título: «Comentarios a una visita a la Exposición», que ha de ser el tema de esta charla, con la que quiero detener vuestra atención durante breves momentos.

Este es el tema; y entre otros inconvenientes, además de los que atañen a mi incompetencia de que ya he hablado, tiene el de la falta de perspectiva histórica.

Esta falta de perspectiva viene determinada por muy diferentes causas: porque es muy difícil prescindir de la simpatía o antipatía que personalmente nos una o nos separe del autor; porque estamos cegados por los prejuicios de escuela; porque sin querer nos empujan las variaciones de la moda; porque la obra de un autor se nos presenta completa, sin depuración, sin la decantación necesaria, y vemos junto lo bueno y lo malo, acaso estrechamente unidos; porque los artistas que jamás dejan de ser adivinos, vates, profetas, alcanzan con su mirada más allá de la mirada crítica de más alcance; porque las nuevas modalidades rompen los moldes antiguos, y el crítico, que ya ha acomodado la preceptiva al arte producido, la encuentra fuera de sus moldes; porque en las obras de arte, especialmente en el juicio de ellas, se necesita la opinión o colaboración colectiva; porque las nuevas obras son siempre rebeldes, porque son jóvenes, y el espíritu general de las gentes tiende siempre a una conservadora quietud.

Por eso, si quisiéramos emitir juicios definitivos, nuestro paso había de ser necesariamente vacilante, y todos los hechos sobre los cuales yo quisiera llamar la atención en este certamen, estarían rodeados de esta nebulosa de imperfección. Pero yo he querido ver si podría evitarlos, y para ello he recordado que un hecho cualquiera puede documentarse con una relativa garantía si se consigue agruparle con otros hechos que guarden con él una cierta analogía espiritual, y de los cuales podrá naturalmente deducirse un número mayor o menor de coincidencias con el hecho primitivo. Si de un hecho, por ejemplo, una pintura, deduzco yo unas consecuencias y determino unas características, podré acaso dudar de que mi juicio esté bien, sobre todo cuando la falta de perspectiva histórica de que antes hablaba se interponga tan claramente como ahora en mi juicio. Pero si al lado de este hecho consigo yo colocar otro, ya literario, ya científico, ya histórico, del que pueda deducir consecuencias y determinar características que guarden con el primitivo una evidente relación, no hay

duda de que los juicios emitidos respecto al hecho pictórico adquirirán una documentación que les permitirá presentarse con cierta desenvoltura.

Claro es que con ésto no quiero descubrir nada nuevo, sino aprovechar el procedimiento que la historia ha autorizado a través del tiempo. En el siglo v, antes de J. C., el gran siglo del que acaso puede considerarse como el primer estadista del mundo, florecen igualmente las ciencias y las artes, y el grado de perfección que alcanzan queda desde entonces como modelo y como estímulo. El siglo de oro de la vida griega tiene, como todo lo clásico, un sello de eternidad, y al lado de Pericles, el espíritu abierto a todas las audacias de honda espiritualidad, aparece Sócrates, seguramente el hombre que más se asemeja a los dioses del Olimpo, quizá la primera manifestación conocida de ese superhombre de que tanto nos habla la filosofía de estos últimos tiempos; Fidias, el mago arquitecto que logró descubrir en la línea el misterio de la máxima expresión; Sófocles, el trágico de las divinas inquietudes; Platón, el poeta máximo, admirable intermediario entre los hombres y su semidivino maestro; y todos los demás que seguramente acuden en estos momentos a vuestra memoria y que, como sabéis muy bien, llenan con su mágico esplendor los primeros capítulos de todo libro que quiera dar algún paso a través de la historia. Recordemos en España la gloriosa época del Renacimiento, aquel momento cumbre en que los R. R. C. C., al establecer la unidad nacional, con un sentido tan amplio, tan generoso, trasladan al Nuevo Mundo toda la cultura europea, haciendo dar un paso de gigante a la potente y rica vida americana, y consiguiendo reunir en un sólo cauce las dos corrientes de civilización que isocrónicamente se estaban desarrollando en ambos continentes. Recordemos también, y en este caso especial con un mayor cuidado en nuestro recuerdo, por tratarse de algo íntimamente unido a nosotros por razones más profundamente sentimentales, el glorioso esplendor de la época del Califato cordobés, en la que nuestra ciudad irradiaba a todas partes la poderosa luz de la sabiduría en todos los ramos del saber humano, el esplendoroso siglo x, en el que a orillas del Guadalquivir se asienta la ciudad más culta del mundo entero. Y aún permítasenos que en estos momentos un poco ingenuos, miremos un poco hacia el porvenir y nos aventuremos a pensar en qué lo que ha de quedar de los tiempos actuales se está fraguando precisamente en ese riquísimo pueblo, joven y vigoroso, que en el norte de América ha dado ocasión para que se fabriquen los maravillosos rascacielos, ha extendido por el mundo entero el arte nuevo que todavía tiene como uno de los signos de su juventud el

que aún es fuertemente discutido por los señores graves, el séptimo arte que ha puesto en un trance apurado—digámoslo aunque nuestro dicho pueda ser tomado por algunos como una afirmación iconoclasta—a todos los artistas de espíritu hondamente tradicionalista, y que han querido disfrazar su perplejidad con gestos dislocados y estrafalarios, y que ha dado a la vida un nuevo tono más conforme con esa rapidez que a los movimientos han impreso las ciencias incansables.

Estos son los ejemplos que yo procuré buscar, y tengo que confesar y vosotros tendréis que asentir, que son ejemplos que por sí solos se bastan para autorizar cualquier gallardía. Y con ellos, por todo bagaje, me dispuse a hacer la visita a la Exposición, y en ella recogí unos cuantos datos, que son los que me han de servir para entretener vuestra atención durante un poco tiempo, el mínimo que me ha sido dado fijar para que la sesión de hoy no destruya la realización del programa trazado, y el mínimo también para que vuestra paciencia no se gaste ni se pierda entre mi cansada prosa. Y tomé unas cuantas notas, sin preocuparme—y esta advertencia es bastante precisa—de llevar mis notas a la consulta de los Archivos de esta casa—en donde seguramente hubiera encontrado toda clase de facilidades—y sólo dando a mi visita el aire que naturalmente me correspondía como individuo un poco ajeno a la investigación en esta rama del saber humano.

Y en mis notas encontré con que entre el primer cuadro o cuadro más antiguo de los que tenían fecha—el de Martínez de la Vega fechado en 1865—y el más moderno—cualquiera de los que los muchachos que ahora empiezan han presentado—hay un un período que no llega a los setenta años. Un poco me detuve a pensar cuales serían los motivos que hasta entonces habían impedido a los centros oficiales el tomar parte en el desarrollo del arte antes de esta época; pero abandoné rápidamente el caso para dejarlo a los expertos en la historia. Y continué repasando mis notas, en las cuales, encontré con una muy relativa facilidad, que aunque se trataba de un cortísimo período en el que parecería que debía existir una gran uniformidad, había, muy claras y precisas, tres épocas dibujadas con hondas características: La primera que comprendía desde el cuadro de Martínez de la Vega hasta el año 1894. La segunda desde el año 1898, hasta el 1911. Y la tercera que comprendía el arte de la postguerra.

Tratemos ahora de buscar en cada época algunos de esos rasgos que llamaron mi atención, y que sin duda la llamaron también de todos vosotros, cuando hicísteis la visita con cariño y atención.

Primera época.—Martínez de la Vega tiene un cuadro que titula *Las Ermitas*. Es un cuadro de grandes dimensiones en donde las figuras aparecen de tamaño natural, y son muchas las figuras representadas. Es la escena de todos vosotros conocida de los Ermitaños del Desierto de Belén dando de comer a los pobres. Aparecen unos cuantos de esos hombres solitarios, con las caras tostadas por el sol, de carne magra y de mirada fuerte que, con el tosco sayal parecen trasmitirse como preciada herencia; al lado de ellos las figuras famélicas de los pordioseros, también las mismas que ahora podemos contemplar, con la sola variación de que en el cuadro abunda el elemento femenino, que, como sabéis, ahora no acude a recibir la limosna de las habas guisadas. El tono del cuadro, en donde apenas si se observa alguna satisfacción, es la de algún ermitaño que está contento porque su rostro ha de aparecer en un óleo de tal importancia, rima perfectamente con la tristeza de la escena. Es la exaltación del miserable que hasta tan lejanos límites había llevado pocos años antes el mágico poeta Espronceda cuando cantaba *Al mendigo*, *Al reo de muerte*, *Al cosaco*, la valiente canción a la libertad *Canción del Pirata*, y la dulce y melancólica elegía *A Jarifa en una orgía*, en todas las cuales, con toda clase de pretextos, aparecía el amor hacia el menesteroso exarcebado y violento, sin que ni por una sola vez apareciese la cuestión social en aspecto distinto al de la misericordia. Precisamente en estos mismos días, un poeta cordobés, Antonio Fernández Grilo, escribe el poema que más fama le ha dado entre todos los suyos, *Las Ermitas*. En estos días, el vate tan discutido iba modulando sus estrofas, en las cuales acertó a encontrar algunas cosas que no pudo trasladar al papel—según parece deducirse del distinto aprecio que tenían en el tiempo en que se escribieron y ahora—y en esas estrofas iba poniendo el mismo espíritu romántico de sus maestros; también se ha fijado en ese desierto en donde la vida de unos pobres hombres transcurre monótona y dormida, y ha procurado acordar su alma con la de ellos, aunque—y en esto coincide también con casi todos los románticos—este acuerdo sea solo superficialmente, porque en el fondo de sus almas hay, más que un deseo de acompañarlos, una efervescencia de la compasión. Pero Grilo, no solo se acuerda de lo medieval, fundamento casi único en su parte material de todo el romanticismo español, en lo que se refiere al espíritu, sino que también acude a las formas; en esa composición tan genuina suya aparece usado el metro de la seguidilla simple, combinación de cuatro versos de 7-5-7-5, que en realidad, no viene a ser más que el mismo metro que en su época popularizó Juan de Mena

—otro ilustre cordobés—de 12-12-12, y en los cuales sólo se puede apreciar el cambio del acento. Metro castizamente español, como corresponde a toda manifestación romántica, no solo por su antigüedad culta, sino también por ser el cantado en uno de nuestros bailes más populares y más sostenidos a través de los tiempos, como lo prueba el que sea constantemente citado en las obras de nuestro teatro con una gran profusión; y

también es sabido cómo este regionalismo no es más que una exaltación del espíritu romántico

Precisamente también nos encontramos que en Córdoba se comienza por entonces a establecer la costumbre de celebrar los *Juegos Florales*, la rara importación provenzal que tan poco éxito ha tenido siempre por esta tierra meridional donde no se necesitan estímulos para que los poetas escriban sino son los inherentes a la verdadera poesía; y en los años de 1860, 1862, 1865, 1878 y 1891—los de 1860 fueron presididos por el gran poeta romántico don Ángel Saavedra, Duque de Rivas—. se celebran animados certámenes poéticos en los que las damas vuelven a recibir la rendida pleitesía de los poetas y de los versificadores.

Como vemos, el cuadro de Martínez de la Vega no es algo aislado en la marcha general del arte cordobés;

su carácter romántico tiene algo que le une a su época, como naturalmente tenía que ocurrir.

Todos los demás cuadros de esta época tienen, si nos fijamos un poco, las mismas características: veamos ese cuadro de R. Romero de Torres, *Sin trabajo*, en el que el pobre albañil—hermano sin duda del protagonista de otro cuadro de este mismo artista, que figura en la colección del Museo Provincial, titulado *Accidente del trabajo*—ha logrado comunicar a



«Ofelia», de Muñoz Lucena

sus familiares la tristeza de un futuro oscuro y lamentable; o este otro de Muñoz Lucena, el querido compañero del Instituto de Sevilla, *Ofelia*, lleno de honda melancolía, de la honda melancolía de *la desdichada amante Hamlet*; o el de Francisco Alcántara, *Paisaje*, cuajado de tristeza y en el que sólo resalta la figura humilde de una cruz, también casi perdida entre la espesa bruma de un día frío de invierno.

Y con esto terminaría mis referencias a este período sino fuera porque al final de él se encuentra una gran figura española o mundial, si así me lo permitís, la del gran filósofo o ensayista granadino Ángel Ganivet, que publica, con una admirable anticipación profética, su obra *Idearium español*, que ve la luz en el año 1897, y debe ser considerado, por el cambio de rumbo que marca en la vida española como el inmediato informador del arte y la vida española en el período siguiente de mi clasificación.

Segunda época.—En el año 1898 ocurre en España un hecho histórico de tanta importancia que hay una material imposibilidad de que el arte, lo mismo que toda otra clase de manifestaciones, permanezcan ajenas a él. La pérdida de las colonias es algo que necesariamente ha de reformar o renovar nuestra personalidad. España sufre sin duda el más rudo de los golpes de todos cuantos han ido formando a través del tiempo nuestra personalidad y nuestra historia; el espíritu español ve al fin cumplida la terrible amenaza que durante más de dos siglos han visto cernerse sobre su cabeza, y de nuevo se plantea el problema de la reconstrucción de España, y de repente es preciso preparar el material necesario para la lucha. Y entonces aparece esa tan decantada generación del 98 que gloriosamente ha llevado espiritualmente la dirección de España, aquí donde toda dirección parecía perdida y toda esperanza de redención se había abandonado como algo de imposible adquisición. Y la generación del 98 descubre que es preciso buscar los materiales para nuestra regeneración precisamente en nosotros mismos, en lo autóctono, en aquello que a través del tiempo y de las influencias más o menos absorbentes ha sabido mantenerse puro o se ha ido encontrando en la incesante formación de nuestro espíritu. Hay que volver a lo genuinamente nuestro; releer lo nuestro y veremos como en ello se encuentran, lo que nadie podrá llevarse nunca, la riqueza que hemos ido creando lentamente y que nadie podrá arrebatarnos, por que es algo que está fuera de la propiedad privada.

Y las gentes acuden ávidamente a celebrar, poco después de la terrible desgracia, la ocasión más alta que vieron los siglos pasados ni verán los venideros, la de celebrar un centenario de la publicación del Quijote; ya

con ésto, al libro inmortal le debíamos una nueva hecatombe por la oportunidad de su intervención en la vida española.

La Diputación, en estos días, permanece casi al margen del arte; también ella ha sufrido los efectos dolorosos de la desgracia; también ella se encuentra como anonadada ante el terrible espectáculo de la pobre España, y en sus arcas no encuentra con que subvenir a las necesidades artísticas de los hijos de su ciudad.

Precisamente por esos años pasea su primera juventud y sus primeras ilusiones, quizá llevando siempre en los labios la cadencia de las seguidillas gitanas y las soleares que han de constituir, según confesión propia, su máxima afición, Julio Romero de Torres. Entonces va apresando, lentamente, con delectación sibarítica las más finas esencias de la mocita cordobesa, y así se apodera de la maravilla del color de su carne, de la suavísima perfección de su línea, ondulada con la más dulce de las gracias y de la delicada entonación de su sonrisa, siempre comenzando a asomar en los labios llenos de sabiduría. Yo que pienso, como casi todos hombres, que la obra más perfecta de Dios, es la mujer, pienso también que la ocupación más digna del hombre es la de constante adoración a eso que se ha llamado la bella mitad del género humano y tal vez no es humano sino divino, y veo que la obra de Julio no es más que un poema en el que cada verso es una de estas maravillosas mujeres por él pintadas. Y no me canso de leer este poema mientras voy construyendo el mío de adoración. Precisamente en estos días se va a llevar a cabo la inauguración de su Museo, al que han prometido asistir altas personalidades de la política y del arte, y entonces podreis oír todo lo que el arte incomparable de este maestro, tan prematuramente perdido, representa en la vida y en el arte español. Pues bien; este artista no llega a obtener en la Diputación ningún apoyo, y la Corporación, que no hubiera permanecido nunca sorda al requerimiento de un artista de esta índole, se tiene que desentender a causa de la crisis nacional que tanto le afecta.

También pasea su juventud por aquel entonces un artista, vivo todavía para gloria del arte cordobés, y que ha encerrado en una inexplicable modestia el rico tesoro de una inspiración siempre fresca y de una técnica admirable, o acaso se ha alejado entretenido por alguna preocupación burocrática de menor cuantía y tampoco recibe nada de la ilustre Diputación; me refiero a Rafael García Guijo, el formidable retratista, el que todavía no conoceis muchos de vosotros porque acaso habeis pasado demasiado deprisa por la Exposición de Sevilla donde tuvo expuesto un re-

trato: o no recordais el momento en que él consiguió una recompensa en Madrid, concedida a una de sus obras de más empuje, el retrato de su madre, en el que ya aparece, para mí, sin duda de ningún género, como el mejor retratista de todos cuantos figuran en la larga nómina de pintores cordobeses (1).

García Guijo es uno de los artistas que más necesitados están de salir a la calle. No es posible encerrarse de esa manera en las cuatro paredes del Estudio, en el que siempre falta el aire preciso, y la luz necesaria; en el que siempre se ha de echar de menos el aire renovado de la varía, diversa, múltiple y aun en ocasiones, como acicate saludable, contraria opinión.

García Guijo merece ya, en primer lugar, la amplia Exposición de su obras. Después, la renovación del entusiasmo, y luego, ese trabajo de crítica que en la labor del maestro ha de encontrar fuentes de optimismo.

Este arte severo y silencioso del retrato, en el que no se aspira sino a la anécdota pura del individuo, la anécdota que jamás ha de volver a aparecer, tiene en este pintor cordobés un aventajado maestro. Mirar hacia adentro, sin carácter alguno de generalidad, sin buscar en el hombre lo que es común, sino lo que es distinto, el yo, es tarea para él fácil. Yo os invito, reiteradamente, a que mireis con vuestro deseo hacia una Exposición futura de las obras de Rafael García Guijo, en donde habreis de encontrar comprobadas, plenamente, mis palabras.



«Retrato», cuadro de García Guijo

(1) Mateo Inurria tiene en esta época de la pérdida colonial una treintena de años. Ha sido subvencionado por la Diputación y como prueba de ello figuran en los salones de la casa algunas de sus primeras obras. Son estas obras correspondientes a su primer período, que entronca plenamente con los últimos representantes del romanticismo de que hablábamos en el período anterior. Pero Mateo Inurria evoluciona notablemente luego. El estudio de este magno escultor cordobés no se ha hecho todavía, y precisamente ahora es cuando más obligación tendríamos de hacerlo, y más facilidades. No sé cuales razones habrán impedido que sus obras ocupen alguno de los rincones de la Exposición.

Solamente hacia el año de 1911 aparece un cuadro de un pensionado, uno de Benítez Mellado, en el que al parecer ha retratado el artista a su madre. Es un cuadro lleno de dulce delicadeza: una viejecita parece caminar por un triste camino llevando en las manos un tierno ramo de li-



«Retrato», cuadro de García Guijo

rios; aparte del paisaje, un poco triste y frío, la figura presenta una honda mirada del artista hacia dentro, un evidente deseo de buscarse a sí propio, de hallar en las líneas y en los colores que se están formando en el pincel lo más íntimo de todo aquel espectáculo exterior. En el rostro de la vieja parece haber intervenido un cuidadoso deleite que ha ido dando a las formas, además del color, además de la línea, además del volumen, la tierna caricia filial; aquel rostro tiene sin duda alguna la tierna mirada amorosa que ha pretendido por todos los medios dejar inde-

leble allí lo más rico de sí propio, y al trazar aquellas manos se ha empleado la misma delicadeza; lo mismo que aquellas deliciosas manos del famoso San Bernardino de Domenico Theoctocopuli, estas manos acogen las flores con una extremada ternura, como para cuidar de que no les hagan daño, y parece como que con esta ternura rima maravillosamente la tenue sonrisa de la vieja que parece mirar al pintor con infantil arrobó.

Para ir formando esto ha sido preciso que nos vayamos acercando a lo nuestro.

En el año 1906 se publica una obra fundamental en la historia de nuestro pensamiento: *La vida de D. Quijote y Sancho* de Miguel Unamuno. Entre las obras de este gran maestro de Salamanca, nada de tal vitalidad. Para mí, todo el pensamiento español desde la guerra de la Independencia gira alrededor de estas tres figuras: Mariano José de Larra, Ángel Gavinet y Miguel de Unamuno. Nadie como esos tres han sabido ver tan claramente a España, ni llegar hasta la hondura de su entraña. El deseo de Cervantes continúa durante bastantes años y en todas partes se habla de él, y cuando llegamos al año 1914 nos encontramos, al lado de los relatos líricos de Manuel Reina (1905, «Las bodas de D. Quijote y Dulcinea». — Blanco Belmonte, «La lanza de D. Quijote». — «Romancero de Cervantes» en 1914) la obra del gran filósofo José Ortega y Gasset, «Meditaciones del Quijote», 1914. Todo como veis marca el camino de nuestra época más esplendorosa, y así tenía que suceder también en nuestra casa: la única obra que nos encontramos fechada en estos días, es una debida a Muñoz García, *Hilanderas* (1914). Hay una sola figura y cualquiera de vosotros puede recordar, con solo unos momentos de meditación, el profundo parecido que existe entre esta figura y la figura central del famosísimo cuadro de Velázquez *Las hilanderas*; todo en ello quiere recordarlo. El pintor también ha pensado que nada en estos días de trabajo como el volver a lo nuestro en donde hay seguridad de encontrar un rico tesoro de posibles sugerencias; al lado del asunto español, hay que poner la técnica, española también, del gran maestro de los pintores del mundo.



Cuadro de Benítez Mellado

Tercera época.—Leonardo de Vinci dice que «que para hacerse amar es

preciso hacer comprender»; ahora tal vez sería necesario invertir los términos; hay que querer las cosas, por cualquiera razón y entonces será acaso más fácil comprenderlas. Esta es al menos la afirmación rotunda de la crítica moderna ante las nuevas modalidades del arte; es preciso inclinarse al espectador hacia los objetos nuevos; pero procurando de antemano despertar su simpatía, porque el cúmulo de novedades que el arte nuevo ha traído a la vida, no se le puede dejar pasar sin una atención cuidadosa, y no es posible por otra parte juzgar con la debida ecuanimidad un



«Hilanderá», cuadro de Muñoz García

arte cuando tan cerca está de nosotros y está, por tanto, tan viva la falta de perspectiva histórica. El sentirse acuciado por las más variadas curiosidades y expectante ante todas las inquietudes es signo de una inteligencia noble y de una perfecta humanidad.

Todo esto me ocurre al pensar en las consecuencias que en todos los órdenes del pensamiento humano introdujo el que puede considerarse como uno de los hechos históricos más importantes de todos los tiempos: la Gran Guerra.

Notemos en primer lugar el hecho muy significativo de que la Diputación presenta en su labor proteccionista un gran bache, análogamente al que presentó a raíz del año 1898. Durante los años que si-

guyen a la gran catástrofe de todas las doctrinas sociales aparecidas en los últimos años y tan decantadamente ensalzadas, la Diputación no tiene a quien proteger. De dos maneras se pudiera explicar esto: o bien a causa del exceso de dinero que la plétora de negocios trajo a todas las gentes ha hecho que los artistas no necesiten de ninguna protección, porque saben que el nuevo rico, con su ignorancia pazguata es capaz de pagar todos los caprichos, o el arte, en un arranque de falsa modernidad desdeña todo lo que signifique protección oficial, como algo que puede rebajar la pureza del arte puro. Lo cierto es que en esos primeros años no encontramos a ningún

artista como huésped de esta casa, y las primeras muestras aparecen muy tardíamente: las primeras hacia el año 1928.

En este año de 1928 nos encontramos, en primer lugar, este cuadro de Quero, *Paisaje*. Yo creo que este pintor ha conseguido ver el sol, esa cosa tan difícil como ver el sol. En este cuadro, un rincón de un jardíncito pequeño, el sol consigue pasar por entre las ramas de un árbol y hasta llegar al suelo; desde el punto del infinito hasta el suelo el haz de rayos ha pasado por delante de nuestros ojos con extraordinaria claridad, y tan materialmente, que nosotros distinguimos, a poco que nos fijemos, cual ha sido el camino recorrido; esto es, que el pintor ha conseguido ver el sol, y consigue también que nuestros ojos se entornezcan un poco para librar a nuestra retina del agudo reflejo, y hasta del suave titilar de las hojas, que entre la espesa capa de sol han dejado la agudeza de sus líneas. Estamos ante esa realidad nueva, siempre nueva, que consiste en sacar definitivamente al cuadro de la luz sabiamente manejada del estudio; de aquella que pudo ser tercera época de nuestro gran maestro antes aludido, y que tan brillantemente había comenzado en su maravilloso cuadro de *San Antonio y San Elías*.

También tenemos ahora, en el mismo año, a otro pintor, Boti, con un cuadro que se titula *Paisaje en azul*.

La primera impresión que se experimenta al contemplar este cuadro, es francamente de desagrado; los colores son demasiado extraños, para que la imaginación no quede de ellos prendida e interrumpa seguidamente toda ulterior observación; hay demasiados motivos para distraer a la vista y es además todo demasiado chocante, para que ese primer movimiento pueda reprimirse. Hay entonces necesidad, ahora más que nunca, de acordarse de aquel amor de que era preciso echar mano, al contemplar estas cosas nue-



«Paisaje», cuadro de Quero

vas y más arriba llamábamos sobre esto la atención, al comentar unas palabras de Leonardo. Y cuando nuestra insistencia nos dá tiempo, nos encontramos conque en este cuadro hay una primera cualidad sobresaliente: la perfección en el dibujo; precisamente una de las cualidades más características de la pintura cordobesa, como ya recordareis que dijo ayer nuestro querido amigo don Rafael Castejón. Pero además hay también algo que puede escapar a la mirada del simple visitante, y que el que es un poco aficionado a la fotografía no deja de ver inmediatamente: La fotografía de este cuadro de Boti, como las de todos los suyos, tiene unas grandísimas analogías con la obtenida de la realidad. ¿Cómo ha sido posible esto? A mí parecer es que Boti ha conseguido ver esos colores que al someterlos a la reacción química producen el mismo efecto que los naturales; no puede explicarse de otra manera. Boti ha llegado a ver los



«Paisaje en azul», cuadro de Boti



«Relieve», escultura de Enrique Moreno

colores que tal vez pudieran llamarse complementarios, con una particularidad además, y es que en las fotografías de Boti no quedan esos rasgos delatores que toda pintura suele dejar al pasar por el objetivo fotográfico. Ante estos paisajes hay que detenerse un poco porque hay algo nuevo, algo que es digno de una cálida atención.

También en este año figura un relieve de Enrique Moreno, el notable escultor que ha trazado la bella lápida que decora la Plaza de la República, dándole nombre; este inquieto y movedido navegante de la vida, de que dentro de breves ins-

tantes tendré que volverme a ocupar. Y ya entramos en el año 1931, en donde nos encontramos a los artistas de la última hornada.

Hay un artista con personalidad ya acusada (nada hemos de decir de algunos valores sin duda positivos, como el pintor García Gómez o el escultor Maíz, entre los principiantes, o el pintor Peña), y es la de López Obrero. Este muchacho, ya pensionado por la Diputación, manda este año su primer envío. Sin duda alguna, todos vosotros asististeis a la Exposición que este muchacho celebró de sus cuadros en el desgraciadamente desaparecido Ateneo. Entonces López Obrero frecuenta el tema infantil, los cantos de verano de los chiquillos en nuestras plazas; todos recordais por ejemplo aquel cuadro que titulaba *Dónde están las llaves*: en él el artista intenta, y a mí parecer consigue prescindir de su personalidad, situarse en el alma de los chiquillos y ver la enorme importancia que para ellos tienen en aquellos momentos las llaves, el eje de toda su canción, el título de su juego, aquello que les hace a ellos poner en aquellos instantes el alma entera en la preocupación de buscar las llaves; la línea, el paisaje, la composición, la perspectiva, el movimiento y hasta la mirada, todo está supeditado a la búsqueda de las llaves, las enormes llaves que aparecen en el cuadro como un símbolo y no son más que una dirección. El artista consigue desligar de sus pinceles su personalidad; entregar los pinceles a los mismos muchachos, para que ellos expresen lo que él ve. Esto es, como sabéis un poco Dadá. Como lo es también este cuadro que aparece en esta Exposición: *Hetairas*. Estas pobres mujeres han cogido también los pinceles de manos del artista y han pintado su preocupación; para ellas no existe, por ejemplo, el pudor que pudiera conducir su mano a cubrir el pecho descubierto; ella no sabe de esto o lo ha olvidado ya; hay algo más importante en su paupérrima vida que ese pudor, y por eso sus ojos miran perdidos, hacia...

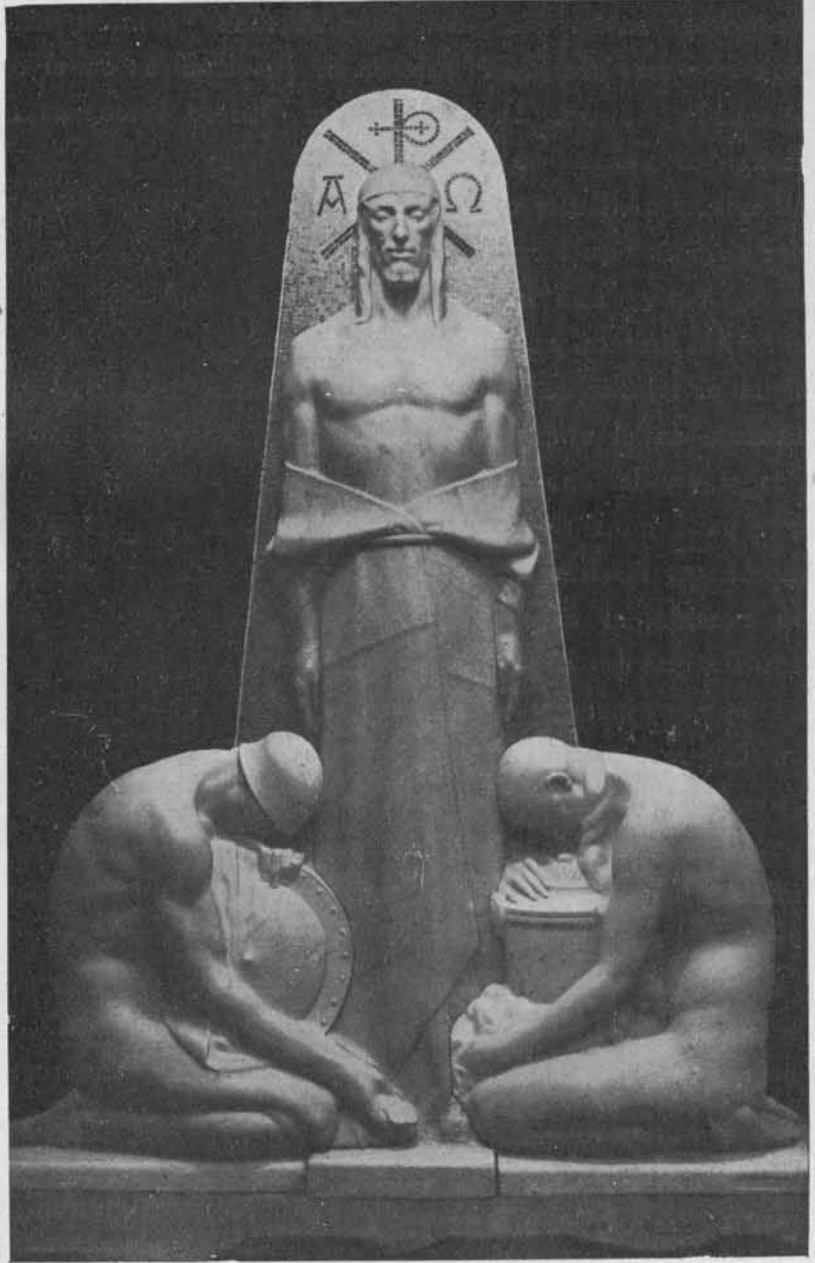


«Dónde están las llaves», de López Obrero

Estas pobres mujeres han cogido también los pinceles de manos del artista y han pintado su preocupación; para ellas no existe, por ejemplo, el pudor que pudiera conducir su mano a cubrir el pecho descubierto; ella no sabe de esto o lo ha olvidado ya; hay algo más importante en su paupérrima vida que ese pudor, y por eso sus ojos miran perdidos, hacia...

ninguna parte; hacia donde únicamente pueden mirar aquellos ojos pobres, ventanas de un alma más pobre todavía. López Obrero sigue entregando su personalidad a su modelo con una cierta valentía libertadora de subjetivismo...

No nos detengamos en este arte nuevo, en el que destaca como arista viva al fuego la profunda cultura de los artistas, que están acuciadas primordialmente por intenso afán de saber, y que por este afán y por la gran riqueza de horizontes descubierta, merece el espacio de tres o cuatro conferencias. Nos encontramos ante una cosa nueva que sólo podremos apreciar poniendo una gran simpatía en el esfuerzo; acudamos a él llena el alma de esperanza porque acaso estamos delante de algo que encierra el germen de un nuevo arte, el de la pintura animada, sobre el que en los días actuales no se pueden hacer sino muy sugestivas hipótesis.



«Panteón», por Mateo Inurria

Lo más curioso de todo es que en esta tercera época no hay en Cór-

doba el más pequeño contacto con los poetas. No hay ningún poeta que haya acertado a comprender el valor de las nuevas modalidades estéticas. Los poetas, que los hay, siguen voluntariamente alejados casi medio siglo. Benigno Iñiguez, de la escuela de su gran amigo Manuel de Sandoval,



«Estatua», de Mateo Inurria

Francisco Arévalo, Ricardo de Montis, Eloy Vaquero, Antonio Arévalo, Gonzalo de Córdoba, Carlos Valverde, son poetas que saben encontrar a las musas, y ninguno ha querido acercarse a la nueva fuente, en donde no cabe duda que tal vez hubieran encontrado algo digno de su atención. Sólo Vaquero ha tenido alguna vez un atisbo de modernidad, momentánea, al parecer o esporádica, y sobre los demás, y quizá por una curiosa paradoja digna de tenerse en cuenta, un fraile, al que hoy podemos elogiar libremente puesto que tenemos la seguridad

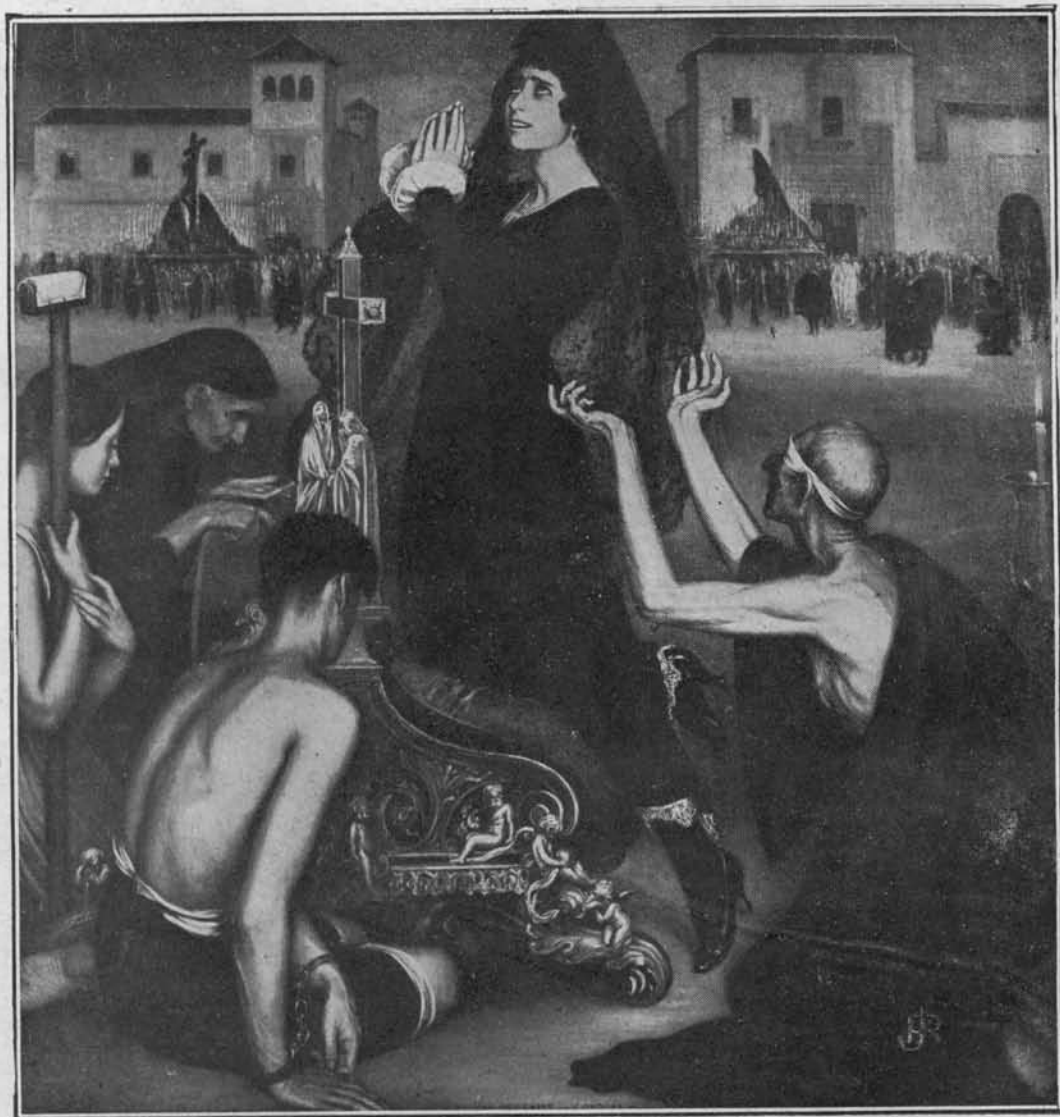
de que nuestro elogio no tiene ninguna obligatoriedad, Gonzalo de Córdoba, née Manuel Villoslada, que tiene seguros atrevimientos: Unos román-

ticos del todo, hasta llegar a mezclar en la lírica, cosa que no se hizo en 1835, la prosa y el verso, y otros en la finura de percepción metafórica, adscritos a algunas de las más puras escuelas de hoy, las exentas de demasiado criticismo y ambición impotente.

Pero este es un caso aislado; aquí, en realidad, no ha surgido el poeta que siga las nuevas tendencias, en contraste con pintores y escultores, entre los que hay una bien nutrida representación. Y es sumamente raro, porque aquí precisamente vivieron Lucano, Alvaro Cordobés, Juan de Mena, Luis de Góngora y el Duque de Rivas, estrellas de primera magnitud todos, principales representantes todos en los movimientos revolucionarios de sus épocas respectivas. Y yo quiero leerlos una página que me parece de una clara oportunidad. El sabio filósofo español José Ortega y Gasset dice en el *Tema de nuestro tiempo*: «Hay, en efecto, generaciones infieles a sí mismas, que defraudan la intención cósmica depositada en ellas. En lugar de acometer resueltamente la tarea que les ha sido prefijada, sordas a las urgentes apelaciones de su vocación, prefieren sestear alojadas en ideas, instituciones, placeres creados por las anteriores y que carecen de afinidad con su temperamento. Claro es que esta deserción del puesto histórico no se comete impunemente. La generación delincuente se arrastra por la existencia en perpetuo desacuerdo consigo misma, vitalmente fracasada».

Yo no quiero comentar estas palabras que dicen todo lo que en este caso es preciso decir, y solo quiero hacer resaltar que no encuentro, en vista de esto, nada extraña la actitud de un escultor del que he hablado anteriormente: Enrique Moreno. Este artista viaja, va a París y a Italia, y conoce el ambiente artístico de Madrid. Aquí echa de menos la tertulia literaria y con su gran inquietud la crea y la sostiene. Pero la tertulia esencialmente distinta a la que vivía en la época romántica; entonces era imprescindible la compañía de la melena, y el abuso del alcohol y la chalina; ahora estas tertulias se forman a base de un gran temperamento combativo, una curiosidad inacabable por todo y—en esto si se asemeja a las épocas y de todas las condiciones—un espíritu radicalmente iconoclasta, enemigo de todos los valores. Es, llevada al límite de la exageración, la conciencia de la ley natural que informa todos los actos de los hombres, que se refiere al progreso constante de las manifestaciones del espíritu. Es seguro que E. Moreno se hace a sí mismo un gran mal, porque el tiempo que dedica a esas tertulias lo quita a su arte; pero en cambio hace un gran bien a la ciudad, y esto hay que agradecerle.

Resumiendo lo que llevamos dicho, podemos decir que la primera época se caracteriza por una continuación lentamente evolucionada, del Romanticismo. Lo segunda por el miedo a perder lo autóctono; vuelta a lo especial nuestro; reafirmación de lo español. Un romanticismo que consiste, en volver a nuestras grandes obras, en lugar de volver a la E. M. En la

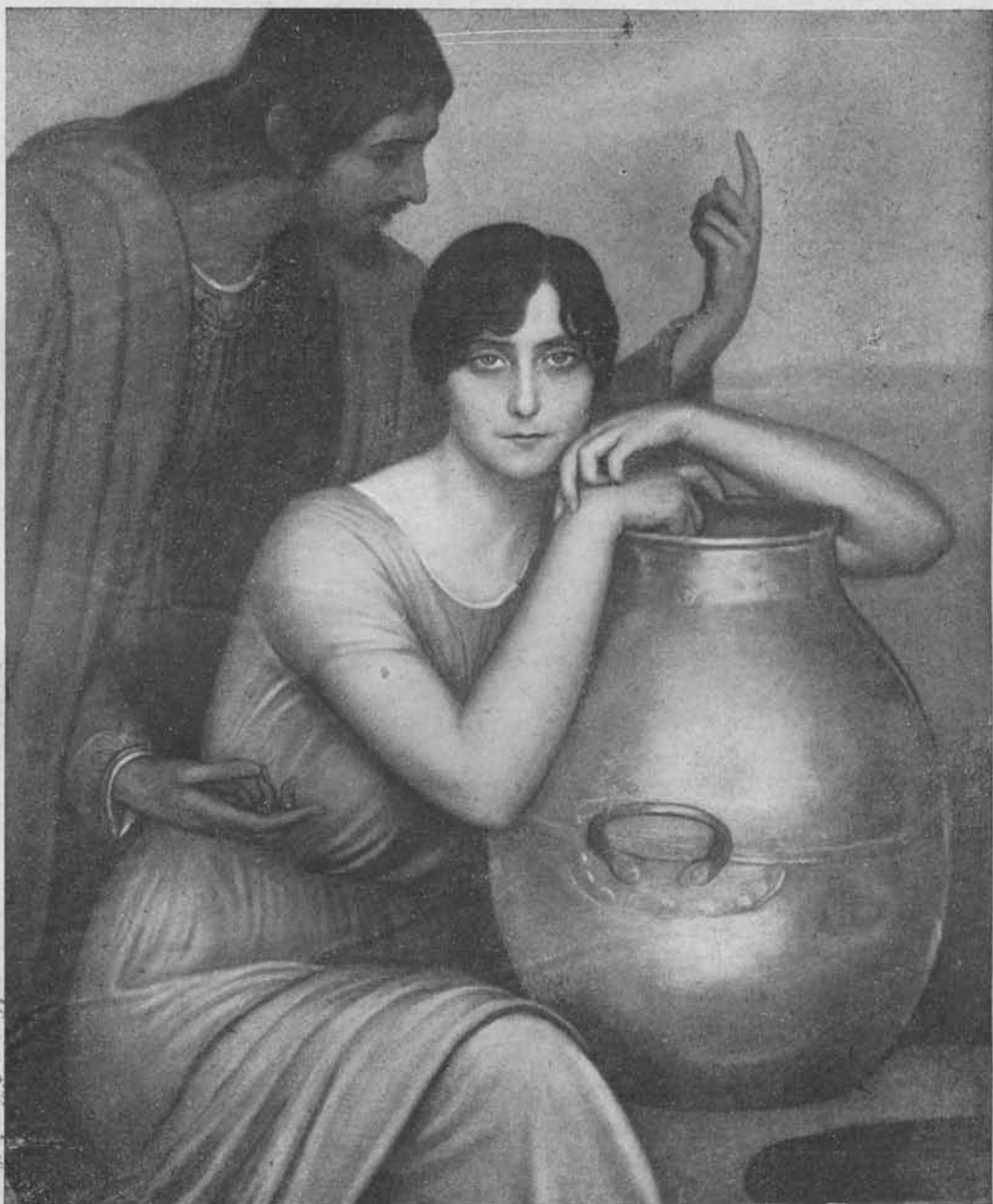


«La saeta», cuadro de Julio Romero de Torres

tercera se sobrepasa a Aristóteles; se hace la preceptiva antes que la obra. Este es acaso el procedimiento cuando es preciso aleccionar al artista, y que ya la escuela romántica de Wordsworth quiso poner en moda en Inglaterra. Pero ¿es preciso aleccionar al artista? Los poetas, los artistas de ahora, por querer saber mucho de los demás, olvidan lo suyo. Se han en-

contrado el deseo y la época; ha avanzado el afecto por lo pasado, de manera que ha llegado a encontrarse con la contemporaneidad.

Y como algo común a todas las épocas, el predominio evidente de la lírica, de lo subjetivo, común también a todas las épocas de nuestra his



«La Samaritana», cuadro de Julio Romero de Torres

toria, como si nos hubiera quedado algo del sabor oriental fijo para siempre en el carácter cordobés. El que obtiene un premio por una novelita en unos Juegos Florales, recoge el premio y ya no vuelve a hacer más novelitas. Sólo en el drama parecen apuntarse dos nuevos valores: el de

34

Antonio Jaén, este nombre que parece ya obligado en todas las ocasiones en que se habla de alguna manifestación cultural cordobesa y del cual cocozco particularmente alguna obra, en la que resalta su espíritu amplio y capaz, y el de Joaquín García Hidalgo, que con el estreno de *Tolín Tolón*, nos ha demostrado la posibilidad de que en Córdoba podamos contar en plazo no muy lejano, con un autor dramático de recia personalidad, que puede traernos grandes días de gloria, si no es que como Antonio Jaén, el de la emoción sagrada de los recuerdos airosos y bellos, deja a la política la totalidad de su tiempo y la primicia de sus emociones.

Y voy a terminar esta charla, que el tiempo pasa, alabando como se merece, la novedad introducida este año en la protección oficial, contribuyendo a la publicación de un libro de verso, *Córdoba, cárcel de amor*, de uno de los poetas de que antes hablé, Francisco Arévalo. Esta novedad es absolutamente nueva, y por ello yo quiero dar mi parabien al señor Presidente de la Comisión Gestora, pues con su iniciativa se abre el camino de esta casa a una clase de artistas que hasta ahora, por un inexplicable descuido tenían cerrado; siendo así que los poetas también han menester de esta protección, y aún más que los demás artistas, pues por una tradición que arrastran desde la consabida noche de los tiempos, los poetas son una especie de plaga de la que hay que huir. La Diputación reconoce ya que ésto no debe ser, e inaugura la serie. Hace bien, y hace bien además por haber comenzado por un poeta como Arévalo, que no necesita ya la consagración oficial. Ya hemos dicho que donde hay dinero acude el arte; el dinero puede despertar las energías dormidas, puede descubrir al artista. Yo quisiera que la Diputación tuviera siempre en cuenta aquella maravillosa rima de Bécquer:

Del salón en el ángulo oscuro
de su dueño tal vez olvidada
silenciosa y cubierta de polvo
veíase un arpa.

¡Cuánta nota dormida en sus cuerdas
como el pájaro duerme en las ramas
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; ¡Cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: «¡Levántate y anda!»



Y si todos los pensionados no llegan a escalar las encrespadas cimas del

arte, no deje por ello de extender su máxima protección, pues ella puede ejercer la sagrada vigilancia maternal que todos los pueblos necesitan, y más en estos momentos en que se está cimentando la nueva nacionalidad española bajo el nuevo régimen de libertad y amor.

Córdoba, Noviembre de 1931.



El Poeta Manuel de Sandoval

SEÑORES ACADÉMICOS:

Hubo en Córdoba, en los primeros años de este siglo, un simpático movimiento intelectual, correspondiente a la reacción que se iniciaba en España entera contra el desaliento y la tristeza que siguió a la derrota.

Fué el *Círculo de la Amistad*, foco que extendió su luz por los ámbitos de la capital, patrocinando cualquier empresa que armonizara con su cualidad de *Liceo Artístico y Literario*.

Cursos de conferencias semanales; certámenes literarios o artísticos; homenajes para festejar triunfos de cordobeses ilustres; fiestas organizadas para escuchar y honrar a las más destacadas personalidades del arte, de la ciencia o de la literatura, en su visita a nuestra ciudad... Cuanto en Córdoba existía o pasaba por élla digno de ser conocido y estimado, encontró en sus salones, animados diariamente por la concurrencia, acogedor interés, ferviente devoción y aplausos generosos y entusiastas.

Al mismo tiempo, el Instituto General y Técnico y la Escuela de Veterinaria, inauguraron también cursos de conferencias semanales de extensión de enseñanza y, puesta ya de moda la oratoria docente, no hubo casino, ni agrupación política o de cualquiera otra naturaleza, que no levantara cátedra con el beneplácito de sus asociados y los consiguientes beneficios para la educación y la cultura generales.

Don Luis Valenzuela, don Manuel Enríquez Barrios, don José Marín Cadenas, don Rafael Vázquez Aroca y otros muchos que sería prolijo enumerar, ilustraron sus nombres en esos empeños intelectuales, con los frutos de su talento y la elocuencia de su palabra. Entre ellos, figuraba un joven poeta madrileño, catedrático de Preceptiva Literaria en nuestro Instituto, llamado don Manuel de Sandoval.

Sabíase de él, que apenas cumplidos los veinte años, había publicado, con aplauso del público y de la crítica, un poema de castiza y robusta inspiración, titulado *Prometeo*, en cuyo prólogo, don Emilio Ferrari lo señaló «como poeta de alto cuanto seguro vuelo», y una de las más legítimas esperanzas de la generación a que pertenecía.

Sabíase, además, que era autor de diversas poesías, entre las que se citaban *La Siega*, *¡Siempre!*, *La Catedral de Burgos*, *A D. Quijote*, *Sementera* y otras, publicadas en la prensa con tal éxito, que comenzó a adquirir su nombre cierta popularidad y a despertar admiraciones y entusiasmos.

Recuerdo que en los jóvenes que por entonces pasamos de la Universidad la Vida, producía deplorable efecto el ambiente pesimista que como losa de plomo gravitaba sobre nuestros entusiasmos juveniles. En tal sazón, hubimos de contener el aliento para escuchar una voz varonil que con sencilla, española y cristiana energía, en versos magistrales, entonaba un canto de esperanza y de optimismo, señalándonos el camino del triunfo, que no es otro, en definitiva, que el esfuerzo de la voluntad y del trabajo.

Tal es el soneto *A un Impaciente*, que no quiero resistir a la tentación de leer:

Lo que no logres hoy, quizá mañana
lo lograrás; no es tiempo todavía;
nunca en el breve término de un día
madura el fruto, ni la espiga grana.

No son jamás en la labor humana
vano el afán ni inútil la porfía:
el que con fe y valor lucha y confía
los mayores obstáculos allana.

Trabaja y persevera, que en el mundo
nada existe rebelde ni infecundo
para el poder de Dios o el de la idea.

¡Hasta la estéril y deforme roca
es manantial cuando Moisés la toca
y estatua cuando Fidias la golpea!

Súpose pronto, que además de componer excelentes poesías, las recitaba de manera maravillosa, y era conferenciante amenísimo y delicioso conversador, y sabía mucho de todo y además procuraba ocultarlo en la sencillez de sus palabras, sin dárselas de sabio ni pretender lucirse con la exhibición de autores y de obras ajenas. Y ésto lo hacía finamente, con la elegancia y la amplitud del que por tener conciencia de su verdadero valor y de su altura, no anda regateando méritos a los demás, antes al contrario, se los reconoce con generosa medida que, para mayor nobleza, procuraba acercarse a la justicia, a fin de no incurrir en el elogio exagerado



D. MANUEL DE SANDOVAL



que es siempre más sangriento que la censura misma, pues en tanto que ésta se limita a tachar la obra, aquél parte del supuesto de la tontería de su autor en cantidad suficiente para tomar en serio la burla de que es objeto.

Con estas cualidades, no es extraño que al poco tiempo de su estancia en Córdoba, se contara con él para todo empeño intelectual y se escucharan y siguieran sus opiniones y consejos, con tanto más gusto cuanto que procuraba no imponerlos, sino sugerirlos, de suerte que haciéndose su voluntad, no había molestia de amor propio para nadie, y los mismos vencidos quedaban obligados a su delicadeza.

Cuantos centros de cultura existían en la localidad, y entre ellos nuestra Academia, le abrieron sus puertas, honrándolo y honrándose al recibirlo en su seno.

Los escasos salones aristocráticos que daban fe de vida, atendieron y agasajaron al poeta, y en ellos resonaron y se aplaudieron sus versos.

Hasta gentes refractarias a los problemas de la inteligencia, acudían, por excepción, a escuchar sus discursos y poesías; los acogían con religioso interés y los comentaban poseídos de entusiasmo sincero. Yo me he explicado este fenómeno, por la concurrencia en don Manuel de Sandoval, además de su gran simpatía, de dos cualidades en grado eminente: la claridad y la sencillez. Porque era claro, el más lego podía seguir el hilo de su razonamiento, alcanzando fácilmente las últimas conclusiones. Porque era sencillo, porque de su palabra estaba ausente toda pedantería; su espíritu llegaba hasta los más humildes o ignorantes sin humillarlos ni vejarnos; pues no debe de olvidarse que la ciencia y el arte puros, son alimento exquisito de las almas, pero cuando su pureza se mancha por la turbia vanidad y la soberbia de los hombres, los rechaza el paladar como repelente e indigesta bazofia.

A poco de residir en Córdoba, publicó *Aves de Paso*, con un prólogo de don Jacinto Octavio Picón. Ya en este tomo de versos, incluía poesías merecedoras de tan cálidos elogios como los que andando el tiempo, al contestar su discurso de entrada en la Real Academia Española, había de dedicarle don Francisco Rodríguez Marín: «parece que por la gallarda pluma de Sandoval han vuelto al mundo los mejores sonetistas de nuestro siglo de oro: aquellos gloriosos varones que se llamaron Lope de Vega, Argensola, Arguijo, Quevedo, Medrano, Góngora...» Y cita, en comprobación de sus palabras, el titulado *Amor Eterno*.

Y en el mismo caso que este soneto, se encuentra el que antes os leí,

A un Impaciente, y el dirigido A D. Quijote, tan actual ahora como entonces, pues de buenísima gana increparíamos al Hidalgo Manchego con sus valientes tercetos:

¡Sin miedo a que te ultrajen a mansalva
forzados viles y asquerosos cerdos,
sal, como antaño, al despuntar el alba!

¡Vuelve al campo que pueblan tus recuerdos,
a ver si un loco regenera y salva
la nación destrozada por los cuerdos!

Y no sólo los sonetos. *Aves de Paso*, contiene muchas composiciones tan acabadas como aquéllos. En *Efecto de Luna*, *Plenitud*, *La Siega*, *La Catedral de Burgos* y otras, se muestra Sandoval como poeta formado, sin los balbuceos de los primeros pasos, produciendo obras en las que se contienen las características fundamentales de su inspiración, si bien, con el transcurso del tiempo, estas características habían de enriquecerse con matices y tonalidades que todavía no aparecen en las creaciones primarias del poeta.

Según don Jacinto Octavio Picón, la musa de Sandoval es: «libre y serena, tierna y vigorosa...», «los versos salen de su pluma fáciles, llenos, sonoros, como corriente de agua limpia, caudalosa y serena». «Por el espíritu y por la forma, es eminentemente español».

Este juicio de su prologuista es exacto. A todas las poesías que produjo después le puede ser aplicado, si bien en grado tan eminente y con peculiaridades tan características, que llegan a constituir las notas originales que personalizan la labor de este poeta.

¿Cuáles son esas notas? Para señalarlas conviene no olvidar que Sandoval siempre y en todo momento es literato y poeta. Con sobrada razón decía de él don Francisco Rodríguez Marín: «Desde su adolescencia ha consagrado toda su vida al amor y al cultivo de las letras castellanas, sin compartir su tiempo con otras tareas o aficiones que le apartasen, que siquiera le distrajesen de su amadísima devoción».

Amante fervoroso de la lengua castellana, cuando explicaba, diferenciándolo de sus sinónimos, el valor, el matiz, el tono de un vocablo, recordaba yo involuntariamente a los diamantistas, porque al igual que en las pinzas de plata los brillantes, en sus labios temblaban las palabras con irisaciones y reflejos de piedras preciosas.

No era, para el idioma, el gramático o el filólogo que lo estudian fría-

mente, atento a su origen y a su significación, exactos, sino el admirador deslumbrado ante los cambiantes de variedad de gemas maravillosas, o el catador de gusto depurado que, al paladear el vino, sabe arrancarle sus más íntimos secretos.

La veneración que sentía por el lenguaje se traduce en sus poesías en el afán de propiedad, de exactitud, y para lograrlas, además de emplear la palabra justa, procura diferenciarla, distinguirla de las opuestas y de las parecidas, fijando y aclarando, al mismo tiempo, el concepto que expresa, y también diferenciándolo y distinguiéndolo de sus opuestos y parecidos.

Con tal procedimiento, característico de nuestro poeta, consigue extraordinarios efectos, de energía unas veces; de delicadeza, otras; algunas, irónicos; y siempre de claridad y de precisión.

Nada más justo que la Real Academia Española lo nombrase Correspondiente en Córdoba, el año de 1907, y después, en 1920, lo recibiera de Numerario.

Muchos, ante la escasa extensión de su obra, lo han supuesto de laboriosa y difícil producción. Pero cuantos le conocieron saben que con la gracia derrochada constantemente en rápidas improvisaciones, ya para comentar la conferencia recién escuchada o para expresar el juicio que le merecía un hecho o una persona, o sencillamente advertir o responder a cualquier amigo, con la gracia repito, con el ingenio, con la sal que dejaba caer en quintillas, cuartetos y hasta muchas veces cartas enteras, escritas en verso al correr de la pluma, hubieran algunos cimentado su fama de poetas fáciles e inspirados.

Pero don Manuel, profesaba culto tan rendido a las letras, que sus poesías habían de ser acabadas, productos espontáneos de su espíritu, desechando lo demás, pues como sagazmente observó Díez-Canedo en el artículo necrológico que publicó en *El Sol*, «no concebía la poesía como un juego», y a éso puede añadirse que, en efecto, cuando se dirigía al público, tenía la honradez de no pretender burlar su buena fe, dándole latón por oro ni vidrio por diamante, y así rehuía por igual los retorcimientos que los chapuces y atajos que se usan para salvar dificultades sin vencerlas. Esta conducta, había de perjudicar la extensión, en beneficio de la calidad de la obra.

Muchas tardes, paseando a caballo por las sendas y vericuetos de la sierra, la contemplación del paisaje, o el calor de la conversación, le sugerían ideas, sentimientos o puntos de vista, merecedores de la forma poética, y generalmente, en esas ocasiones, su inspiración le daba por adelan-

tado uno o varios versos sueltos que contenían virtualmente la idea. Entonces, sujetaba las riendas del caballo para anotarlos, y proseguía el diálogo; volvía a interrumpirlo para escribir otro u otros que con notable facilidad se le ocurrían. Alguna vez, cortaba repentinamente la conversación, y picando espuelas se internaba a campo traviesa por lo más intrincado, y al volver, traía como trofeo alguna estrofa redondeada o vencida la dificultad de la frase o expresión rebelde a dejarse prender sin violencia en las sílabas, en los acentos, en la armonía del verso. En tales casos, al reunirnos al día siguiente, me leía la poesía completa. Tal fué la pretendida dificultad de Sandoval.

Su amor al idioma, iba unido al culto de los buenos poetas, y prosistas castellanos así antiguos como modernos, sin parar mientes en la *capillita* a que pertenecían, pues para su admiración no existieron más que dos escuelas: la de los buenos y la de los malos escritores, convencido de que siempre el talento, que es lo sustantivo, acierta y triunfa con todos los modos de hacer, observando y rompiendo las reglas, sin confundir nunca las grotescas contorsiones y los trucos propios del circo, con los ágiles y seguros vuelos de la inteligencia y del sentimiento.

Y es ésto tan cierto, que cuando por complacer a sus amistades, accedía a recitar composiciones poéticas, del modo magistral que sabía hacerlo, mezclaba a las suyas las de otros poetas, algunos del más opuesto bando, y como en cierta ocasión una ilustre dama, sorprendida del calor que ponía en las poesías ajenas, le mostrase su admiración por éllo, hubo de contestarle rápidamente: «Señora, es que yo no envidio a los que valen más que yo, sino a los que valen menos». Águda respuesta que encierra las más tristes verdades.

Su delicada receptividad le permitía adueñarse hasta de los más delicados matices del mundo externo, pero el dato real en seguida enlazaba en su espíritu con el antecedente literario, o popular, o artístico, o histórico, siempre español, y ya, con este enlace, es como aparece en su obra poética. Así suelen ser en sus versos las observaciones, comparaciones y alusiones de todas clases, que forman pequeños grupos accidentales, tan importantes o más que el mismo asunto principal, reducido alguna vez al papel de cañamazo destinado a recibir variedad de riquísimos bordados.

Sus descripciones, así del paisaje como de estados de alma, sorprenden por la riqueza del color y la certera penetración del concepto, y alternan con hondos y graves pensamientos filosóficos, pues como dijo don Emilio Cotarelo en el artículo necrológico que publicó en el BOLETÍN DE LA ACA-

DEMIA ESPAÑOLA: «Reunía en amable consorcio la entonación filosófica y la profundidad de pensamiento de Fray Luis de León, con la elocuencia de la frase y el colorido poético de Herrera o de Rioja».

Pero es preferible escuchar sus estrofas, porque éllas os hablarán con más eficacia que todos mis razonamientos.

De *Cancionero*, tomo de poesías que publicó después de *Aves de Paso*, en 1909, son estos versos pertenecientes a *Castiza*:

Altivo descendiente de Atenas y de Roma,
ni dudo de mi origen ni de mi fe reniego,
ni al esplendor renuncio de mi opulento idioma,
por su vigor, latino, por su elegancia, griego.

El «román paladino», que siendo en nuestra tierra
tan pronto canto llano como clarín de guerra,
y uniendo—terso y limpio, y elástico y severo—
la claridad del agua, la austeridad del roble,
la brillantez del mármol y el temple del acero,
fué el verbo de una raza aventurera y noble
que a España dió en sí misma su Aquiles y su Homero,
al ajustar su paso, lo mismo que a un redoble,
al grave y monorrítmico compás del Romancero.

Ved, ahora, cómo acierta a describir el doble paisaje del campo y del espíritu, con las nieblas y las medias tintas de *Principios de Otoño*.

.
La bruma, velando la azul lontananza,
suaviza y esfuma los agrios colores;
y cuando el ambiente de paz y bonanza
conmueve una brisa de ayer—remembranza
de muertos perfumes y muertos amores—
recuerda el recuerdo que ha sido esperanza,
los frutos se acuerdan de haber sido flores.

Mas como no altera tu quietud segura,
realidad lograda, la ilusión perdida,
prudentes gozamos del bien mientras dura,
que el sol, en la tarde del año y la vida,
la fruta sazona y el juicio madura.

* * *

¡Oh plácido otoño! Castilla te ama
y con los rastrojos que dejó el verano
hiló el oro viejo que borda y recama
tu traje severo de rey castellano.

Con toldo de hojas la parra en la aldea,
 la puerta protege y el patio sombrea:
 y en el fatigoso mar de la campiña
 —que, mudo e inmóvil, ni ruge ni ondea—
 a un tiempo los ojos y el alma recrea,
 como isla encantada, surgiendo la viña.

Y al par que lasciva, triunfal y lozana,
 da al sobrio paisaje matiz y ornamento,
 y su hábito pardo de asceta engalana,
 difunde en la austera Castilla el contento
 que alegre y anima su fiesta pagana.

Y al par que sus hojas sonantes el viento
 en crótalos trueca, y en tírso el sarmiento,
 que al peso del fruto doblégase o trepa,
 del muro o el árbol buscando el arrimo,
 el sol, que amortigua su brillo en la estepa,
 nimbando de oro la parra y la cepa,
 ablanda, colora y endulza el racimo.

Muchas composiciones encierra *Cancionero* de subido valor, y entre ellas *Convalecencia*, *En el huerto de Fray Luis*, *Áura mediócritas*, *Restauración...*, pero las proporciones que deben de tener estos trabajos, me impiden ser más extenso en las citas.

Dos años después, el 1911, vieron la luz en *Musa Castellana*, poesías tan admirables como *Rodrigo de Triana*, *El Milenario*, *El agua en Granada*, *Cementerio abandonado* y varias más, entre las que sobresalen *Inacción* y *La Abadía*. A ésta corresponden las siguientes estrofas:

Tú eres Castilla: su espíritu noble,
 rudo y austero, solemne y altivo
 —que es pedernal y es granito y es roble—
 en tus sillares consérvase vivo;

Y al palpar encerrado en tu ruina
 —urna de piedra que intacto le guarda—
 es como el grano que se abre y germina
 bajo la tierra monótona y parda.

Aún el que asedian sus bravas pasiones
 haya en tí puerto seguro y tranquilo,
 aún contra el odio reclamas y opones
 tregua de Dios y derecho de asilo.

.....

Aun a tu nombre se turba el hereje,
aun al infiel tu poder intimida,
aun en tu claustro se trama y se teje
toda la urdimbre que forma la vida.

Templo en la paz y castillo en la lucha,
de héroes y santos las crónicas llenas;
ciñen tus monjes almete y capucha,
hay en tu torre campanas y almenas.

Puede decirse que esta fué la época de mayor actividad literaria de Sandoval. En sus poesías se acentúan los colores suaves, los matices delicados y la profundidad de los pensamientos. Se exalta su amor a la historia, al idioma, al arte, a la literatura y, en general, a todo lo español. Consigue prodigiosos efectos de claridad y sencillez, y aquilata y depura la elegancia espiritual que le distingue. Comienza el período de su plenitud que dura ya hasta su muerte.

De mi Cercado, es el título del nuevo libro de poesías, impreso en 1912, que mereció ser laureado con el premio «Fastenrach».

Tengo que contenerme para no leeros *La chumbera*, *Recompensa*, *Agua y Sed* y *Realismo*, que son verdaderos modelos en su género. Para daros una idea de los aciertos que encierra este libro, citaré algunas estrofas de *Pátina*:

Vencedor de la muerte,
el tiempo con el arte colabora,
y su apacible pátina convierte
en luz de tarde el resplandor de aurora.

.....

Él da encanto y poesía
a lo que se conserva todavía
tal como lo guardó la bisabuela,
y que, curiosa la biznieta saca,
para lucirlo con orgullo un día,
de la caja de sándalo o de laca
dónde soñando en el ayer dormía.

La mantilla de blonda
que con nardo o incienso se perfuma,
el abanico de carey y pluma
que da a las gasas languidez de onda
y a los encajes inquietud de espuma.

El mantón de Manila
por cuyos pliegues vuela la bandada
de pájaros extraños o desfila



la interminable procesión formada
 por barcos, palanquines y muñecos,
 y sin cesar enreda y desenreda
 sobre la falda de joyante seda
 los pesados torzales de sus flecos.
 La sarta que sus perlas orientales
 sobre el cuello de nieve tornasola,
 o que enciende con fuego de amapola
 sobre la piel trigueña sus corales.

Y la arrogante peina
 que en el tiempo que España era española,
 prestó a la reina gracia de manola
 y a la manola majestad de reina.

Y no es posible pasar en silencio la poesía que dedicó a Menéndez Pelayo, encendida de amor patrio, llena del orgullo de ser español, de pertenecer al pueblo que realizó las gestas de nuestra historia, y de gratitud hacia el sabio maestro que en los momentos de pesimismo y de tristeza, confortó el alma nacional, mostrándole los tesoros espirituales de la raza.

Su último libro, intitulado *Aun hay Sol*, contiene poesías tan admirables como *Ciencia de Dios y Pedagogía de Cristo*, *En el patio de los Evangelistas*, *Renacimiento*, *Felipe II*, *Flaqueza...*

Las composiciones publicadas con posterioridad en periódicos y revistas, formarían, cuando menos, otro libro. Entre ellas, recuerdo la oda *Semper et ubique*, leída por su autor en la Real Academia Española el año 1926, con ocasión de la Fiesta del libro, que fué calurosamente aplaudida y celebrada.

De propósito, he prescindido de referirme siquiera a las cuestiones críticas que se han suscitado con respecto a la personalidad literaria de don Manuel de Sandoval. Baste decir que fué un gran poeta, moderno y profundamente original, pues sí en sus comienzos, como ocurre siempre, pueden advertírsele influencias de los maestros por él admirados, después adquiere personalidad propia muy acentuada. Su lira pulsa todas las cuerdas, desde la íntima efusión de la ternura (sean ejemplo de éllo: *¡Siempre!*, *Regreso*, *Los primeros pasos* y *Cementerio abandonado*), a la solemnidad y la grandilocuencia, pasando por los tonos medios de sobria sencillez propia de asuntos filosóficos, y por la variedad de notas y colores con que enriquece sus descripciones de paisajes, cuadros y monumentos. Es indudable, que se ejercitó especialmente en temas históricos, literarios o artísticos, y que siempre a todos supo darles el espíritu y la entonación apro-

piados, con perfecto dominio de la técnica, extraordinaria riqueza de rima, exquisito oído, en una palabra, con todo lo que caracteriza a un gran poeta.

Los quince años que aproximadamente residió en Córdoba, gozó de las mayores consideraciones y de verdadera popularidad. Fué admirado, respetado y, más que nada, querido por todos.

Nuestra Academia, lo elevó a su dirección en 1909, y él conservó siempre vivo el recuerdo y el cariño a esta Corporación, ufanándose de pertenecer a élla y mostrando con orgullo, en cuantas ocasiones se le presentaron, junto a la de Numerario de la Española, la medalla de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba.

No es extraño que aquí se le quisiera, porque él, desde su llegada, se sintió prisionero del encanto que Andalucía, y especialmente Córdoba, produjo en su alma, como lo pregonan algunas de sus poesías, y entre ellas *Otoño*, de la que voy a leer unos fragmentos:

Desde las lomas de la fértil sierra
mi vista complacida se derrama
por el incomparable panorama
de esta fecunda y deliciosa tierra.

Espira el mes de Octubre
y aún las tendidas y ondulantes faldas
el lozano verdor reviste y cubre
cual manto recamado de esmeraldas.
A los rayos del sol, que al Occidente
camina, con metálicos reflejos,
brilla el Guadalquivir, que allá a lo lejos
sus murallas besando mansamente,
a la opulenta Córdoba retrata,
y atrás dejando su famoso puente,
como raudal de bullidora plata,
con regía magestad, tuerce y dilata
por la vega anchurosa su corriente.

Y *La Cancela*, también es poesía cordobesa; y Córdoba es el fondo del apunte intitulado *Un Gitano*; y *La Chumbera*:

Indómita, salvaje, rígida, oscura,
deforme, áspera, huraña, recia y bravía,

nació, creció y vive aún en las huertas de nuestra sierra; y con laureles cortados en la orilla del Guadalquivir, tejió una corona para Mistral; y tan cautivo se sintió del amor a Córdoba, que a élla se dá, declarándose cordobés por devoción y cariño:

pues, si no por nacimiento,
 soy, por agradecimiento
 y por amor, cordobés,
 Y mi alma siente y adora
 la belleza inspiradora
 de esta ciudad soberana
 que, al par dama y labradora,
 tiene altivez de señora
 y llaneza de aldeana,
 y a la vez reina y sultana
 indolente y soñadora,
 y española y africana,
 ama, sueña, canta y llora
 con arrestos de gitana
 y sensualismo de mora
 y virtudes de cristiana.

Su palabra, durante quince años, los mejores de su vida, difundió amorosamente la verdad en la cátedra y en las conferencias; sus versos cantaron y enaltecieron nuestros paisajes, nuestras bellezas y costumbres, nuestra historia y nuestras tradiciones; su espíritu, a fuerza de compenetrarse con Córdoba, sintió y se expresó como los cordobeses, y él mismo, como timbre de orgullo, se declaró cordobés y en todas partes se vanagloriaba de éllo.

Hoy, todavía, somos muchos los que conservamos vivo el afecto y el recuerdo de don Manuel de Sandoval, y sabemos lo que significó para Córdoba, pero su memoria se irá borrando con el tiempo y nadie dará a conocer a las generaciones venideras la influencia del ilustre poeta en el presente desenvolvimiento cultural cordobés, ni les servirá de ejemplo y lección para amar a la patria chica, el acendrado amor que Córdoba despertó en su alma.

Esta consideración, lleva a pensar que si su nombre rotulase una calle cordobesa, Manuel de Sandoval quedaría perpetuado en la memoria de nuestro pueblo, y al par y recíprocamente, se testimoniaría la predilección y el cariño con que esta ciudad correspondió siempre al que de tan diversas como cumplidas maneras supo servirla, cantarla y enaltecerla.

Lamento que circunstancias fortuítas hayan impedido a la más genuina representación de nuestra ciudad, asistir a este acto. A élla traslado este ruego que formulo en nombre de la Academia, y me atrevo a decir que de Córdoba entera, porque la figura del poeta, de atrayente simpatía, está fuera de luchas y enconos, y su labor fué de todos y para todos.

Para terminar, sólo me resta decir, que he procurado en este trabajo la máxima objetividad, pues como sé que el mayor elogio que puede hacerse de Sandoval, es comentar su vida y divulgar sus obras, a eso he querido limitarme.

Desde que leí sus primeros versos, admiré fervorosamente al poeta, admiración que fué aumentando a medida que publicó nuevas poesías y conseguí escuchar algunas de sus notables conferencias. Pero cuando lo conocí y traté como amigo, el cariño superó en muchos quilates a todas mis admiraciones, siendo éstas tan hondas y tan sinceras.

Y es que en Sandoval, lo más alto, con ser tanto lo demás, fueron sus condiciones personales. Fué delicado, generoso, afable, amplio, leal: bueno, en una palabra.

Muchos de los que me escuchan, lo conocieron personalmente; otros no, pero gracias a su arte, van a conocerlo ahora mismo, pues voy a leeros algunas estrofas de su vigoroso auto-retrato, y así mis últimas palabras serán doblemente tuyas, por estar escritas por él y a él dirigidas:

Si no me viste hasta hoy
y me quieres conocer,
atiende, porque ahora voy
a pintarme como soy,
que es como quisiera ser.

Español hasta la entraña,
como nacido en la corte,
que es el compendio de España,
no descubro mezcla estraña
ni en mi aspecto ni en mi porte.

.....
Sin descender de los godos,
mi alcurnia rancia y de ley
pruebo con mis buenos modos,
si no al cubrirme ante el rey,
al descubrirme ante todos.

.....
Gozo sin afectación
la dorada medianía,
y, más que por presunción,
visto a la moda del día
por no llamar la atención.

Se hacer la razón cual debo,
ajustándome a mi estado,
al vino rancio y al nuevo,

que ni en *barro mal tostado*
ni en *vaso múrice* bebo.

Gusto de vivir conmigo,
pero siempre tengo abiertas,
el alma para el amigo,
la bolsa para el mendigo,
y para los dos las puertas;
y sé sin altanería
tender afable mi mano,
pues la corte en que ví el día,
sin hacerme cortesano,
me hizo aprender cortesía.

.
BENIGNO ÍÑIGUEZ.



Una página de la historia de Córdoba

SEÑORES ACADÉMICOS:

Perdonad que por disposiciones reglamentarias alce su humilde voz en este solemne acto, en este momento, el más importante de su vida literaria, aquel a quien habéis elevado a una altura, a la que nunca pensó llegar, a la vuestra señores, honrándole con la designación de Numerario de la Academia de Ciencias de Córdoba.

De esta secular Academia, que el inquieto espíritu del ilustre Arjona forjara en un ya lejano día para bien de las Ciencias y las Artes y que ha tenido la gloria de contar en su seno hombres de reputación mundial, cuyo recuerdo me empequeñece y me haría enmudecer si la gratitud y el reconocimiento a los que con su bondad para juzgar mi obra me trajeron a este sitio que inmerecidamente ocupo, no me alentaran en mi labor obligándome a seguir, siquiera sea con torpes pasos, el sendero que ellos marcaron en la vida de esta centenaria Academia.

Mas, si hombres de preclaro talento me precedieron y el prestigio de sus obras sostiene este solar de la cultura cordobesa, a falta de méritos, vengo a vosotros con una voluntad grande y un cariño inmenso a la ciudad en que nacieron mis hijos y que guarda las cenizas de mis padres.

A Córdoba, grande por sus santos, por sus sabios, por sus héroes, por sus artistas, quiere dedicar esta noche el más modesto de todos sus escritores, el esfuerzo de su inteligencia.

He querido dedicar este trabajo a esclarecer algunas páginas confusas de la historia de Córdoba y a reivindicar la memoria de un cordobés insigne, de un cordobés cristiano y caballero, que dió su vida por la lealtad y por la fe jurada a su rey. A un cordobés olvidado, digno por todos conceptos de que su nombre figure entre los más gloriosos de la vieja Córdoba, pues con su heroísmo desgraciado, dió más laureles y más gloria a nuestra ciudad, que los torpes actores de aquellos sucesos que a la ligera vamos a exponer.

Y si los hechos que han de merecer vuestra atención indulgente son grandes, comparad mi pequeñez con la importancia del intento, que raya-

rá en la osadía si no moviese mi ánimo el amor a Córdoba y el respeto y la consideración que merecen los ilustres hombres que me precedieron en la Academia y en particular la memoria del que ocupó esta plaza para la que he sido designado: el insigne compositor don Cipriano Martínez Rucker.

Permitid, señores, que dedique un merecido recuerdo a la obra de este artista singular, cuya memoria recompensó ya Córdoba con el homenaje que los pueblos tributan a sus hijos ilustres:

De poeta de la música, califícole con singular acierto el eminente maestro Bretón, y en verdad que sus composiciones, impregnadas de la melancolía ideal, de la tristeza andaluza que saturaba su alma soñadora y romántica en pugna con el materialismo y la incomprensión ambiente, son verdaderos poemas que hacen remontar el espíritu en alas del entusiasmo.

¿Quién no se dejó seducir por la fantasía evocadora de sus *Noches de Córdoba*? ¿Puede darse algo más delicado y de más bellos matices que su *Capricho Andaluz*?

Durante su vida artística, le vemos seguir su ruta ideal cual viajero extraño, sin más compañía que la de su espíritu enamorado de la belleza y, de esta forma, continuar por el áspero sendero hasta sobresalir en el arte sublime de la música, cuyos secretos logra dominar en absoluto.

Dedicado desde los primeros años de su vida al estudio del piano y de la composición, no contaba aún diez y ocho cuando estrenó su primera obra en el teatro del Príncipe Alfonso, de Madrid. Posteriormente, pensionado por la Excm. Diputación, marchó a Oporto, donde perfeccionó y amplió sus estudios bajo la dirección de Giovanni Franchini, preclaro discípulo de Mercadante.

De regreso a Córdoba, sus producciones son ya rotundas, vibrantes y majestuosas, recordando por su forma a Schubert, Mendelssohn y Schumann, cultivadores afortunados de la música *pura*, aunque matizada en Rucker de nuevos acordes, de nuevas modulaciones y de bellas evoluciones polifónicas...

Las que pudiéramos llamar taras hereditarias pesaban sobre la fantasía creadora de Martínez Rucker y en el *academicismo* de su estilo se marcó siempre la influencia de las civilizaciones pretéritas que culminaron en Córdoba.

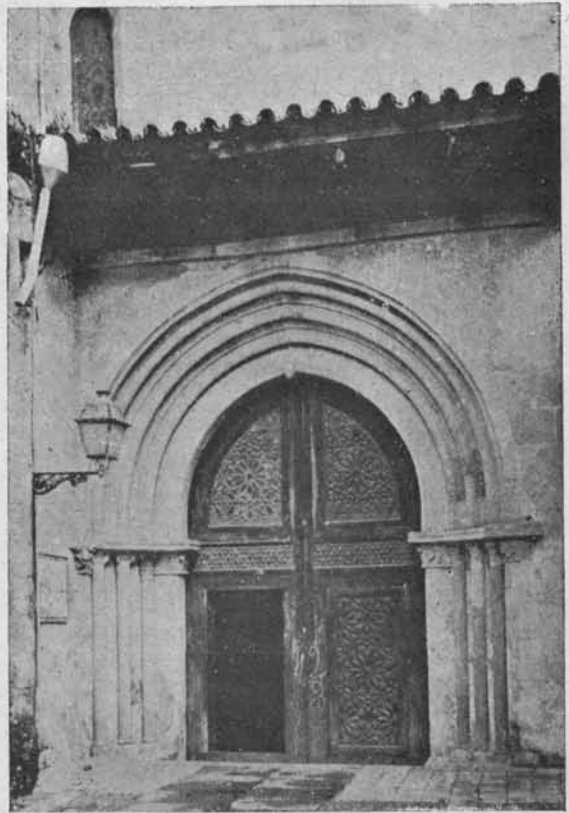
La espiritualidad y el ambiente únicos de Córdoba, flotan en sus composiciones, y penetrando en nuestro corazón le hacen remontar a las esferas más espirituales de la belleza.

Cristaliza el arte poético musical de Martínez Rücker, y a partir de este momento su nombre traspuso las fronteras, y por todas partes resonó con aplauso. Las más afamadas orquestas, los más eminentes artistas como Bretón, Sarasate, Monasterio, Tragó y Zubíarre, sancionan con su interpretación las obras musicales de este benemérito cordobés.

Las Academias nacionales y extranjeras le llaman a su seno, y cuando rinde la jornada de la vida lega a la posteridad y al tesoro del arte de la Ciudad Sultana, las obras cuyo elogio no he de trazar, puesto que de todos vosotros son conocidas.

Cumpliendo las leyes de la vida fuese para no volver, dejando en esta

Portada de San Pablo construída en el año de 1241, en la que se admiran bellos capiteles árabes.



secular Academia cordobesa, útiles y fructuosas enseñanzas, encaminadas a inclinar el ánimo de los pueblos hacia los nobilísimos sentimientos del arte.

* * *

Hace algunos años, cuando un hombre ilustre de la Iglesia que llegó a ocupar un importante puesto en el episcopado hispano-americano, se afanaba por la restauración de la iglesia de San Pablo, visité sus naves en unión de otros compañeros, y fué para nosotros una suerte que aquel esclarecido varón que antes citaba, y que casi todos conocisteis, el R. Padre Pueyo, a quien Córdoba debe gratitud y a cuya memoria dedico este me-

recido recuerdo, se encontrase entre los obreros que restauraban el templo y, sin conocernos, gustoso, nos sirvió de ilustrado y amable cicerone.

Desde aquel día he tenido el propósito de dedicar unas cuartilla a la «bella página de la historia de Córdoba» que guarda la Capilla del Rosario de San Pablo.

La bella página a que el P. Pueyo se refería, es una severa lápida de mármol negro, en la que bajo un escudo heráldico, con la cruz de Calatrava, reza esta sencilla inscripción:

AQUÍ YACE EL MAESTRE DON MARTÍN
LÓPEZ QUE DIOS DE SANTO PARAISO;
CRIADO DEL SEÑOR REY DON PEDRO
EL CUAL MURIÓ COMO NOBLE CAVALLERO.

Llamó entonces nuestra atención, que en dicho epitafio menciona ser criado del rey don Pedro, muerto noblemente, y en todas las historias que habíamos leído aparecía este caballero muriendo a manos del verdugo y con una muerte infamante, que no era costumbre dar a los hombres de su condición. ¿Qué contradicción era ésta?

Vamos a intentar desvanecerla, haciendo antes una indicación precisa que evite torcidas interpretaciones a nuestro intento.

Antes de ocuparnos, siquiera sea a grandes rasgos, de los hechos en que interviene la gran figura del Maestre don Martín López de Córdoba, hemos de hacer una salvedad importantísima; y es, que para hacer la justicia debida a la memoria de aquel cordobés insigne, mártir del honor y esclavo de la lealtad, seríanos preciso derribar falsos pedestales y recorrer el engañoso manto de nobleza que orgullosamente lucen en la historia hasta nuestros días, los actores y descendientes de los que intervinieron en aquellos sucesos.

No es nuestro ánimo suscitar viejas pasiones y rencillas, y fieles a este propósito, solamente el amor a Córdoba y a sus glorias moverá nuestras acciones en este día y el silencio será piadoso con los que dieron mengua al historial glorioso de la nobleza cordobesa.

Sentado este precedente para mí tan necesario, veamos someramente como está escrita la historia de aquellos sucesos, y vosotros juzgaréis después de examinada imparcialmente, el crédito que tales historiadores pueden merecer.

Los historiadores de todos los tiempos—dice Gracia Dei—las más veces, mayormente los de acá, caen en un yerro notable y dañoso, que en las

cosas que tienen alguna antigüedad, por no trabajar e inquirir la verdad, se contentan en seguir en sus historias al primero que hallan haber escrito algo de lo que tratan, sin averiguar la razón que tuvo para escribirlo o si tuvo afición para callar o decir la verdad, siguiendo en ésto la costumbre de las ovejas, que sin mirar van una tras otra».

La única crónica de este reinado que ha llegado hasta nuestros días,

Portada de San
Pablo.



es la de Pedro López de Ayala, escrita después de muerto el rey Don Pedro y bajo la vigilancia de su fraticida hermano y de su hijo. En estas condiciones, fácil es suponer que no ha de ser muy imparcial en sus apreciaciones y en sus juicios. Mas, prescindiendo de estas circunstancias, ¿se encontraba capacitado, moralmente, Ayala para escribir la crónica de Don Pedro?

Mr. Loise en su «Histoire de la poesie Espagnole», editada en Bruselas, contesta por nosotros cuando dice: «Mais pour raconter, en historien veridique, les événements du regne de Pierre le Cruel, il lui fallait une conscience bien integre, car il s' agissait d' un prince contre le quel il avait pris les armes. Il n' etait donc pas dans ce conditions que Tacito demande a l' historien: sans haine et sans amour.»

Don José María Asensio y Toledo, el ilustre académico, en un trabajo publicado en 1872, nos dice que en la crónica debe siempre tenerse presente: 1.º Que Ayala fué declarado traidor por Don Pedro, en la batalla de Nájera, en la cual era alférez y llevaba el estandarte del bastardo. 2.º Que escribió la crónica después de la coronación de éste, y bajo la mirada de su señor, que le colmaba de mercedes y beneficios. En estas condiciones, no ya sin amor a Don Pedro sino con odio a su memoria ¿reune las condiciones que pedía Tácito para todo historiador?

¿Encargaría nadie a su enemigo la redacción de su historia y mucho menos si aquél había intervenido en los actos propios, en una situación vergonzosa o de inferioridad moral?

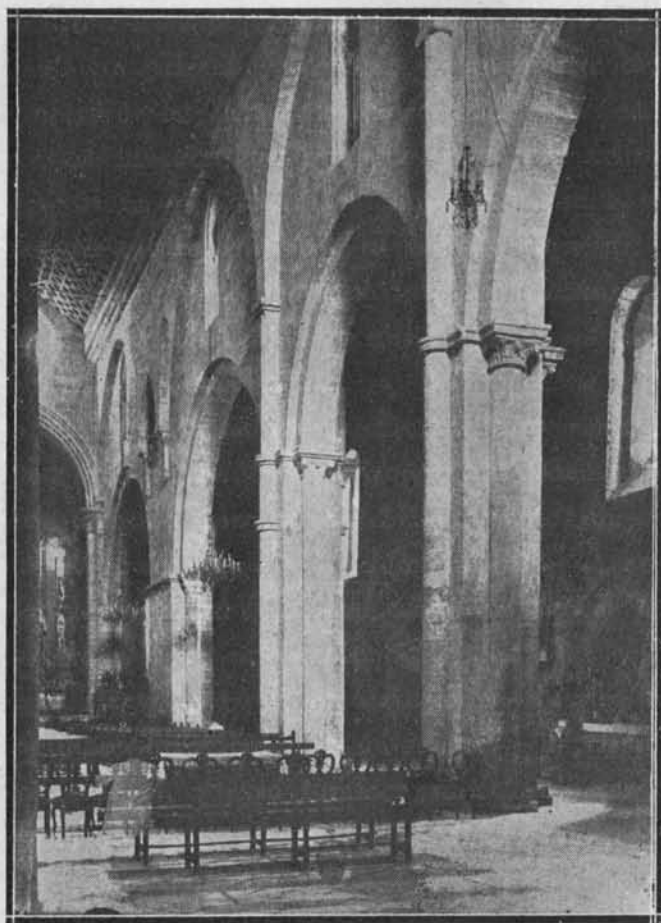
Pues bien; Ayala, enemigo personal de Don Pedro, vencido y perdonado por éste, esto es, dos veces humillado por su poder y por su clemencia; declarado traidor como partidario del rey de Aragón contra Don Pedro, es el encargado de hacer *la más verídica historia* de aquel desgraciado monarca que intentó realizar lo que años más tarde consiguieron los Reyes Católicos: someter a la nobleza de Castilla.

Empieza a reinar este rey, que por caso único en nuestra historia, su nombre ha llegado hasta nosotros cubierto de sangre y de horrores de crímenes y atropellos sin cuento, y caso también único, a pesar de toda la infamia de que se le ha cubierto, es una de las figuras más populares de la realeza y, apenas abiertos sus ojos a la luz de la vida, se repite el caso de todas las minorías y de todas las regencias de nuestra historia. La nobleza, que no gustaba de someterse a un poder, que ella discutía, y hasta despreciaba muchas veces, producía en los sitios donde más fuerte se juzgaba, la protesta más o menos descarada y procaz.

Durante los reinados de Fernando IV, Alfonso XI, Enrique III y hasta en el de la gran Isabel la Católica, la nobleza cordobesa, que se consideraba la más potente, no es de extrañar que lanzase al viento el estandarte de la rebelión, y que cordobeses fuesen sus caudillos. Este caso que se daba con tanta frecuencia, no podía faltar en los tiempos del desventurado don Pedro I de Castilla.

Todos los autores, hasta el mismo Ayala, reconocen que los primeros años del reinado del rey don Pedro fueron años de buen gobierno y de gran provecho para la Patria. Ferrer del Río, enemigo de don Pedro, dice que «Leyes muy sabias de orden público y de buena administración ilustran el reinado de don Pedro». Lafuente, poco amigo de la memoria del rey, habla del mismo en la siguiente forma: «Consuela y satisface ver a un monarca joven pacíficamente ocupado en establecer leyes justas y sabias

Interior de la iglesia de San Pablo, en la que se armonizan los estilos románico, ojival y mudéjar.



en medio de su pueblo, mostrando su justicia en la entereza con que supo deliberar contra las pretenciones de su mayor valido».

Mas esta entereza que el joven monarca mostrara en los primeros años de su reinado, fué sin duda el motivo del descontento de los *ricos-omes* de su corte, que veían como poco a poco trataba de quitarles su preponderancia y su poder contra el de la corona. Una institución, que algunos han creído de importación, colmó las desconfianzas de los nobles, que recelaban del joven rey, y fué la señal de las primeras protestas. Nos refe-

rimos a la creación del *somatén* en Castilla, como arma contra los moros fronterizos y contra las demasías y rapiñas de los señores castellanos contra los propios españoles.

El pensamiento del infortunado rey lo vemos recogido y llevado a la realidad años más tarde por el gran Cardenal Cisneros, al crear las milicias permanentes de la corona contra la nobleza, siempre dispuesta a disputar la soberanía.

Esta nobleza que sólo necesitaba una cabeza para mostrar su pujanza y su rebeldía, encuentra en los bastardos un decidido apoyo, y con ellos y con don Juan Alonso de Albuquerque se forma la liga que antes había intentado combatir al monarca, pero que desde aquel momento se había de mostrar con toda pujanza en cuantas ocasiones y por cuantos medios encontrase.

Pero faltaba algo para que esta liga inspirase la repugnancia que su conducta merece, y este algo era que al frente de ella figurase la madre del rey. Triunfantes en Toto, es sometido el monarca a las más vergonzosas vejaciones, y se encarga del Gobierno uno de los bastardos, sin que para nada se ocupen de la buena administración del reino y sí del reparto de señoríos y lugares, a los que puso término la fuga del Rey, quedando iniciada la lucha que no había de terminar hasta la muerte de don Pedro.

En esta lucha, el historiador no puede juzgar en nuestros días con la crítica fría de los hechos. Ha de trasladarse con el pensamiento a épocas distintas y a siglos remotos para vivir en otro orden social distinto por completo a éste en que nos desenvolvemos.

La confusión y el choque de los elementos heterogéneos que tendían a equilibrarse, faltos de un poder superior que los amalgamase y ordenase, hacían a España, como a toda Europa en los tiempos de don Pedro, un vasto campo de luchas civiles, de guerras exteriores, de rencillas, desafíos y crímenes que mal podríamos comprender en nuestros días.

Entre estas luchas figuraba en primer lugar la establecida entre el rey y sus primeros súbditos. Una escala descendente y ascendente que constituía a los pecheros vasallos de vasallos y a los reyes señores de señores, era el principal obstáculo que impedía al poder ejercer a la vez su influencia igual y equitativa por toda la extensión de sus dominios.

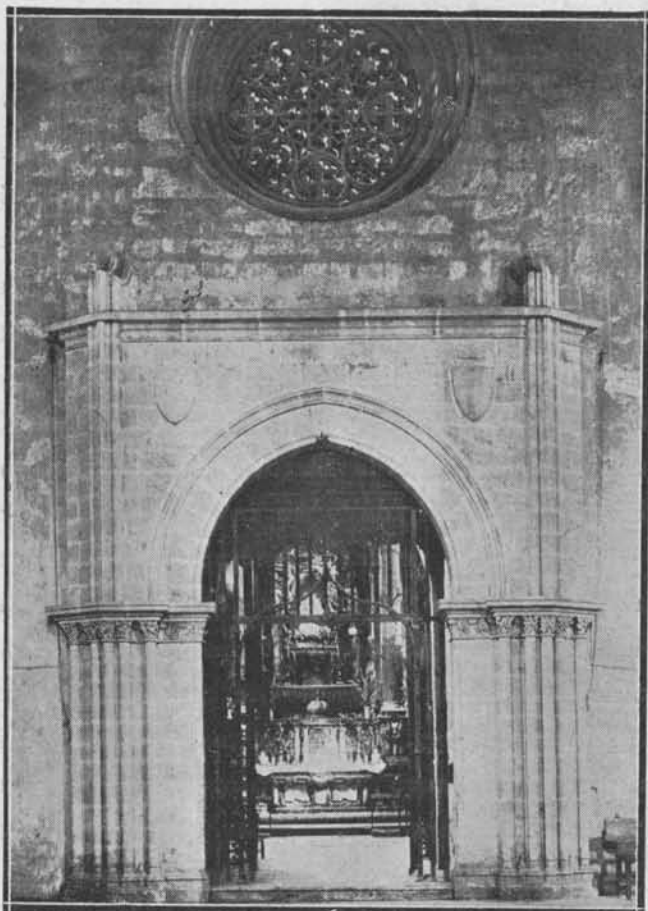
Cada noble, cada monasterio, cada señor osado, suplantaba, usurpada funciones del Poder real y rentas de la colectividad, haciendo una vana sombra de la autoridad del monarca, precisado siempre a mendigar los

hombres de armas que sólo podían proporcionarles para la guerra los ricos hombres que los sostenían a sus espensas, y por consiguiente a su devoción.

Esta servidumbre de la corona, al paso que inutilizaba toda la energía de un buen rey y sus buenas intenciones, era la causa por entonces irremediable de la impunidad de los delitos de los grandes señores que torpemente se dejaban arrastrar a toda clase de pasiones.

«Los hombres más nobles²⁷ y principales se dejaban ganar por dineros

Portada de la capilla del Rosario, fundada en 1409 por doña Leonor López de Córdoba, para enterramiento de su padre, don Martín López de Córdoba, heróico defensor de Carmona.



y vendían descaradamente los beneficios que con sus cargos podían hacer». Esta afirmación, que pudiera parecer dura, es de un autor cordobés que en su «Historia de Córdoba» (1) retrata de mano maestra el relajamiento de la nobleza y la debilidad del poder real,

Robustecer, consolidar, constituir sobre fuertes bases la preponderancia del poder real; unificar los fueros de España y matar la rebeldía de la

(1) Ramírez de Arellano.

alta nobleza y del alto clero, apoyándose en la clase media y en el pueblo, tal fué el pensamiento que Don Pedro I de Castilla no pudo ver realizado, y que dos siglos más tarde llevaron a cabo los Reyes Católicos.

Hombre de progreso y de reforma, hizo causa común con la baja nobleza y con el pueblo, sosteniendo durante todo su reinado sangrienta lucha contra la organización feudal todavía demasiado fuerte.

Sucumbió en la demanda, mas, el pueblo que lo vió justiciero, gran soldado, triunfador siempre, tuvo para don Pedro la reparación que mentidos historiadores le negaron.

¿No fué don Pedro I de Castilla el que repudió al legado del Papa que se excedió en su cometido?

¿No fué él quien, sin base alguna, improvisó y organizó la primera armada de Castilla que consiguió vencer y humillar la hasta entonces invencible flota aragonesa, sin cuyo permiso *ni aún los peces podían surcar las aguas del Mediterráneo*? ¿No fué este mismo rey el que derrotó los ejércitos de Aragón en cuantas ocasiones lucharon contra Castilla y el que incorporó a la Corona el señorío de Vizcaya?

¿No fué él quien levantó esa maravilla que aún admiramos del Alcázar de Sevilla y el que protegió las artes? ¿Quién, sino él, hubiese realizado por completo la Reconquista cuando ya había hecho tributario suyo al reino de Granada y su rey le debía el trono y la vida?

Don Pedro, vencedor siempre, luchador infatigable que contaba con su pueblo, pagó en Montiel la debilidad que su generosidad le dictara en Nájera cuando derrotado el bastardo y sin salvación posible, no quiso asegurar la victoria al precio de un fratricidio.

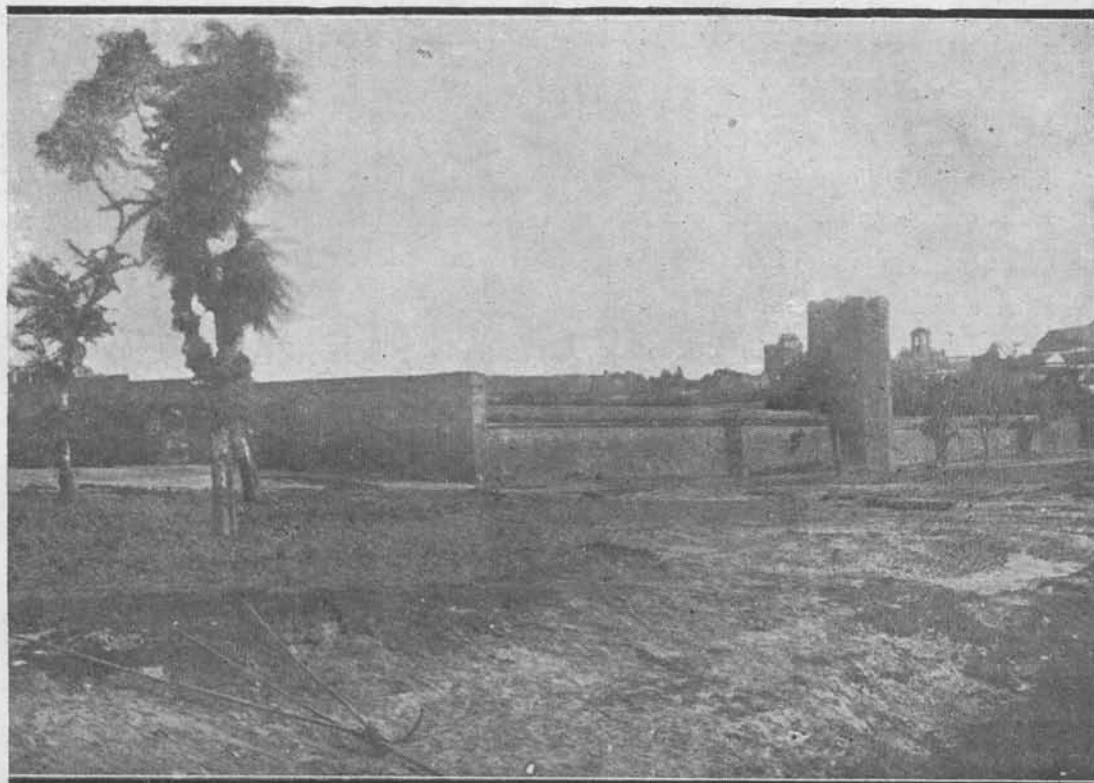
Muerto el rey, sus enemigos no son generosos en la victoria, y acumulan todo género de horrores sobre su memoria y cual monstruo sangriento le presentan al juicio de la posteridad.

De las páginas escritas por sus enemigos saldrán elementos de juicio suficientes a demostrar la falsedad de sus afirmaciones y que permitan dibujar, siquiera sea a grandes rasgos, las figuras grandes y nobles de los que con don Pedro compartieron las injusticias y los rigores de la historia.

Es caso frecuente en la vida de las Monarquías, lo mismo que en la vida de los individuos, verse aquellas rodeadas en los días de esplendor y poderío de legiones de individuos que al amparo de dichas instituciones viven y medran, siendo difícil, por no decir imposible, determinar cuales son los verdaderos adictos, de los que sólo por intereses materiales están ligados a la corona. Si ésto, como decimos, es casi imposible determinar y

deslindar en días de ventura y bienestar, hay por el contrario otras circunstancias en la vida de dichas instituciones, en las que ellos mismos se deslindan y se clasifican sin necesidad de disolventes, son los días aciagos en que la adversidad se ceba y el dolor franquea las puertas de los poderosos.

Por ello, no vamos a ocuparnos de los días en que don Pedro, señor



Las murallas del Alcázar de Córdoba

de Castilla, ocupa el trono de sus mayores en todo su poderío y en todo su esplendor. En estos días, todos, leales y traidores, conviven junto al trono.

Hay que buscar los días aciagos en que la traición y la conjura minan el poder real, y estos días han llegado para don Pedro.

El rey emprende el regreso de Burgos a Córdoba en demanda de recursos que oponer al bastardo, y en sus huestes va ya la traición y la deslealtad. En sus huestes figuran las mesnadas de Alonso Fernández de Sotomayor, de Lope Gutiérrez y de Gonzalo y Diego Fernández de Córdoba. También le acompaña el maestre don Martín López de Córdoba, que con el rey continúa hasta Sevilla.

Apenas trasponen las puertas de Córdoba, los nobles citados con casi todos los de la Casa de Córdoba, alzan el estandarte de la rebelión, y Gonzalo de Mexía, maestre de Santiago, que había tratado la venta con los señores de la Casa de Córdoba, acude presuroso a posesionarse de la ciudad de la que son expulsados los partidarios de don Pedro.

Por fortuna, Dios ha querido que aparezca un documentó preciosísimo procedente del Archivo Catedral de Córdoba, que se conserva en la Academia de la Historia, en el que, como afirma el culto Catedrático don Antonio Jaén, figura la nómina completa de los partidarios de don Enrique y el precio de su traición.

Frente a estos nobles, de alguna manera hemos de llamarlos, que deshonran a Córdoba, puede nuestra ciudad poner con orgullo los nombres de Martín López de Córdoba, Fernán Rodríguez de Aza, Sancho Miñer de Villendra, Rui García, Lope Rodríguez de Aza y cien más que la desgracia y el infortunio borró de las páginas de la historia, y que quizás algún día puedan conocerse si, como hasta el presente, la investigación histórica va encontrando documentos que disvirtúen la crónica de Ayala.

En estos momentos de desgracia es cuando la figura de don Martín López de Córdoba se agiganta y se muestra en toda su nobleza y lealtad.

La crónica de Ayala, que mancha a los partidarios de don Pedro imputándole todo género de crímenes, tiene su pluma ante este ilustre cordobés. Insinúa una deslealtad del Maestre, acusándole de avisar a los sentenciados por don Pedro, para que puedan escapar de su justicia, y sin duda el remordimiento le hace desistir de la afirmación y se contenta con cubrir su mentira con un *se decía que el Maestre los avisó*, y cuando trata de pintarlo frente al monarca, la misma crónica desvirtúa sus conceptos al decirnos que por su consejo trasladó don Pedro sus tesoros desde el castillo de Almodóvar a la fortaleza de Carmona. Que acosado y sin recursos, el rey tiene que marchar en demanda de las tropas del príncipe Negro, y que en esta peregrinación sólo le acompaña don Martín y algunos caballeros de su casa. Que, pactadas las condiciones de la ayuda, necesita el rey una prenda que garantice la palabra real, y don Martín deja en rehenes su esposa y sus hijos, y es el medio para que el rey recupere su corona y su reino.

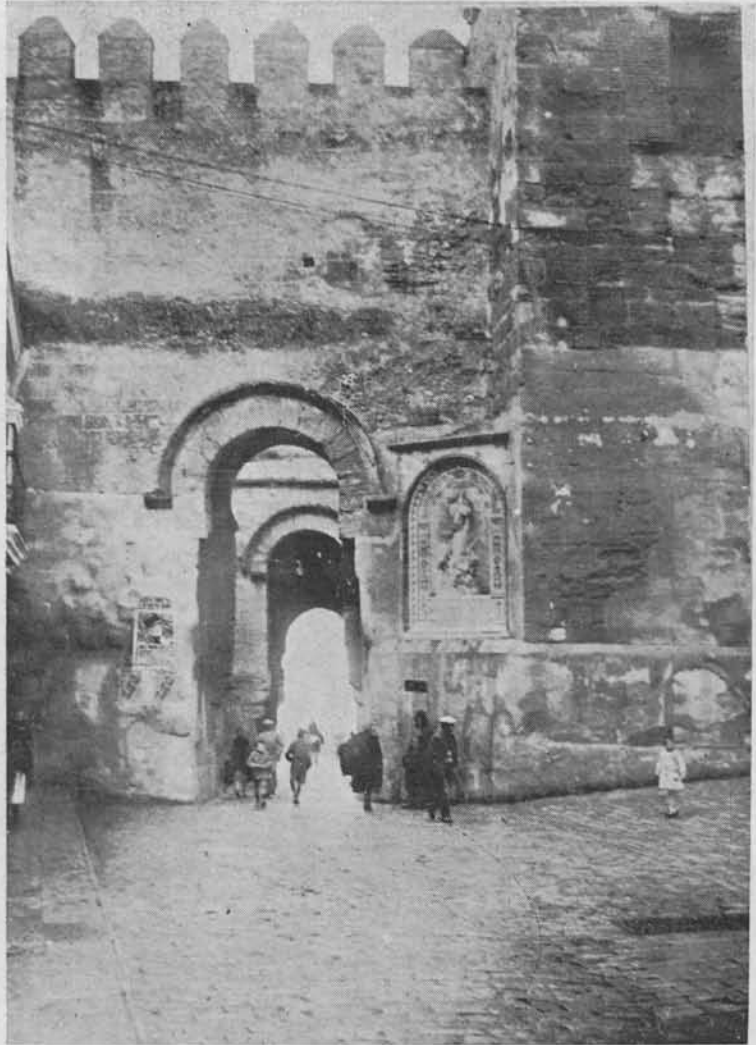
En todo momento la figura de este cordobés insigne aparece leal y desinteresada lo mismo en los días de triunfo que en los de la más ruda adversidad.

Si la crónica de Ayala no tuviese el vicio de origen que hemos señalado al empezar estas mal hilvanadas cuartillas, sus mismas páginas van a confirmar una vez más su inexactitud en otro episodio de la historia de Córdoba.

Don Pedro, repuesto en el trono de Castilla por la victoria, quiere castigar la traición de los nobles que se pusieron frente a sus banderas.

CARMONA

Interior de la Puerta de
Sevilla



Reune sus tropas, y reclamando el auxilio de su fiel aliado de Granada, viene contra Córdoba que, atemorizada, se dispone a sufrir la justicia implacable del Rey. Los nobles que no confían en el pueblo ni en el esfuerzo de su causa, se disponen a vender sus vidas y mandan cortar el puente. Don Pedro y su aliado llegan ante Córdoba, y del primer asalto se apoderan del Alcázar y sus banderas tremolan triunfadoras, no sin cruenta lucha y, cuando la ciudad está en sus manos, los elementos se

conjuran contra las huestes del rey e interrumpen la pelea ante el temor de quedar incomunicados entre el río y la ciudad. Una formidable tormenta y una rápida crecida del río obligan a las tropas de don Pedro a repasar a nado el Guadalquivir y a esperar en sus tiendas que el temporal disminuya. Este no cesa, y para no permanecer inactivos frente a Córdoba los ejércitos, emprenden el regreso a Sevilla y Granada, respectivamente, destruyendo a su paso las fortalezas y caseríos de los nobles rebeldes.

Esta jornada sangrienta y desastrosa para los nobles cordobeses, se convierte en las crónicas locales en una magnífica victoria.

Puestos a fantasear, señalan al ejército de don Pedro «7.000 caballos ginetes y 80.000 infantes e ballesteros doce mil». Mas como estas cifras son disparatadas y descubren la falsedad al menos versado en historia, el mismo Ayala se avergüenza del torpe engaño, y en su crónica abreviada rebaja la cifra, espontáneamente, y dice: «hasta 5.000 ginetes e de pie peones e ballesteros 30.000».

Es decir, que de una crónica a otra escamotea 52.000 hombres.

La contradicción es manifiesta, y por sí sola sería suficiente a demostrar la animosidad del que escribe, pero queremos que otros documentos hasta hace poco desconocidos de los historiadores locales, desvirtúen esta falsa página de las crónicas.

El desconocimiento de la lengua arábiga por parte de los cronistas cordobeses, ha hecho posible la continuación del error hasta nuestros días, ya que todos ellos, como afirmaba Gracia Dei, van unos tras otros como las ovejas, y en este caso, todos siguen la crónica de Ayala.

No quiere decir ésto que falten escritores sinceros que manifiesten su desconocimiento de los hechos, y así vemos como Ramírez de Arellano desmiente a las crónicas y genealogías cordobesas, a las que califica de «tejido de embustes y de suposiciones sin fundamento», y al hablar de estos hechos dice de Ruano Girón que «no sabe otra cosa que lo que dice la crónica, que es lo que nosotros hemos puesto».

El sabio orientalista Gaspar Remiro, al traducir la Correspondencia diplomática entre Granada y Fez (siglo XIV), llena el vacío de las crónicas cristianas, deshace las contradicciones que en ellas se notan, y sobre todo, nos da la clave de hechos que hasta el presente no tuvieron explicación.

En dicha correspondencia se comprenden diferentes cartas del famoso Aben Aljatid, el ilustre literato, historiador y visir del reino granadino, en las que se habla extensamente de los sucesos que reseñamos.

La primera carta en la que el ilustre visir de los Alhamares se refiere a Córdoba, va dirigida al Jefe de la Meca y dice así: «Luego sitiámos a Córdoba, metrópoli de estas ciudades infieles, mansión de abundantes beneficios, y a punto estábamos de destruir su defensa inexpugnable, de dis-

CARMONA
Puerta de Sevilla



persar a su multitud congregada, sino lo hubieran impedido las lluvias...» «el rey de los cristianos en los pactos mútuos que teníamos aceptados... nos cedió cuatro castillos...»

Otra carta interesante en extremo es la de Mahomet V al sultán de Fez, en la que comunica el resultado de la campaña contra Córdoba en unión de don Pedro y sus partidarios el año 1368, que no reproducimos por no cansar vuestra benévola atención.

Sus afirmaciones son tan categóricas y sinceras que no dejan lugar a duda alguna, y confirman que la batalla de los Visos, que Ayala silencia

como todo cuanto supone mengua para los partidarios de don Enrique, fué una completa derrota para los rebeldes cordobeses, y que todo cuanto se ha escrito sobre esta falsa página de la historia local es pura fantasía y literatura.

Bella página la que nos presenta a la madre del Adelantado diciéndole antes del combate: «mirad hijo, que me dicen salís a entregar la ciudad a nuestros enemigos: recordad que en vuestro linaje no ha habido traidores: no hagáis menos que vuestros antepasados»: y no menos bella la respuesta: «Señora, en el campo se verá la verdad».

Estas palabras, que serían sublimes de ser ciertas, resultan ridículas al ser inventadas por los cronistas y puestas en boca de traidores a su rey y a su patria, y que nos llevan a recordar a Pero Díaz de Aguayo, que por haberle quitado el rey la fortaleza de Castroviejo, cuya custodia tenía, entregó la fortaleza de Cabra al rey moro de Granada, que la hizo derribar y se «llevó cautivos todos los cristianos, hombres, mujeres (1) y niños», a Gonzalo de Aguilar y su hermano Hernán-González de Aguilar, que se hicieron vasallos del rey de Granada, y desde sus castillos de Aguilar y Montilla empezaron la guerra contra Córdoba misma; al mismo Adelantado y a cuantos los muros de Córdoba cobijaban que un año antes habían vendido su espada y su esfuerzo al bastardo estipulando, con su representante el Maestre de Santiago, el precio de la traición.

Las mismas crónicas cristianas van a darnos la conformidad de su falta de lógica y de veracidad.

Dice la crónica de Córdoba que las tropas enemigas» aterradas volvieron las espaldas, y a más correr se encaminaron a Castro del Río, dejando ricos despojos a los cordobeses».

Por otra parte, la crónica de Montemayor nos dice: «habiendo cercado Castro, Mahomet de Granada, acude el Adelantado desde Montemayor, y con sólo setenta de a cavallo y pocos de a pié, logró penetrar en la villa aprovechando la noche y una fuerte tormenta, peleando tan notablemente, que aún salió con grandes heridas, los moros espantados de su fortaleza alzaron el cerco».

Cotejando las crónicas cristianas con las cartas de los granadinos, podemos apreciar la veracidad de estas últimas. Las tropas regulares de Córdoba son derrotadas en la batalla de los Visos; sus soldados dispersos huyen a la desbandada perseguidos por la caballería ligera de los árabes,

(1) Ramírez de Arellano. «Historia de Córdoba».

que libres de obstáculos y de enemigos, pueden pasar a nado el Guadalquivir y tomar en el primer asalto el Alcázar Viejo, y confiar en la toma de la ciudad al siguiente día si las lluvias no lo hubiesen impedido.

El Adelantado, que sin duda formaba con las tropas que salieron a luchar al otro lado del río, cortando el puente para seguridad de la población, es derrotado y obligado a refugiarse en su castillo de Montema-



GARMÓN—PUERTA INTERIOR DEL ALCÁZAR

yor, donde según la crónica se encontraba al ser atacado Castro por las tropas de Mahomet de Granada a su regreso de Córdoba, y la misma crónica nos dice que seguía el temporal de lluvias que, providencialmente, salvó a los nobles cordobeses de un castigo ejemplar.

Menos de un centenar de hombres, según nos dice la crónica del Ade-

lantado, pudieron vencer en Castro a los 80 ó 100.000 hombres que Ayala, en su *Veras crónica*, adjudica al ejército de Mahomet de Granada.

Como vemos señores, la lógica anda escasa en los escritos de aquellos tiempos.

* * *

No hemos de insistir sobre este extremo. En el curso de los sucesos, Ayala nos va desmostrando su apasionamiento y la parcialidad con que escribe la historia del reinado de don Pedro.

El bastardo recibe el auxilio de los mercenarios franceses capitaneados por Duglesclín, y el final del drama se acerca.

Don Pedro, rendido por el continuo batallar, lacerado su espíritu por la muerte de su esposa doña María de Padilla, y acosado por la rebeldía, acude a detener la marcha de su enemigo sin esperar la llegada de sus leales.

Los dos ejércitos se encuentran junto a Montiel, donde las tropas de don Pedro sufren un descalabro que no puede subsanarse, ya que, antes de que pudiesen llegar las tropas del Maestre, que a marchas forzadas se dirigían al real castellano, la traición y la perfidia del que los historiadores llamaban el *caballero sin miedo y sin tacha*, consumó el regicidio más horrendo que registra en sus páginas la historia.

«Venían con el Rey don Pedro esa noche don Fernando de Castro, e Diego González de Oviedo, fijo del Maestre de Alcántara, e Men Rodríguez de Sahabria, e Fernan Alfonso de Zamora e Garci Fernández de Villodre».

Del mismo modo que la crónica nos da a conocer los nombres de los que acompañaron a don Pedro a la tienda de Duglesclín la noche trágica de Montiel, así debieran serlo también, y por sus respectivos nombres los castellanos y franceses que acompañaban al fratricida. Por suerte para ellos han desaparecido todos los documentos que podrían cubrir por fuerza de infamia a los actores del drama que para siempre quedó envuelto en el misterio y la sombra.

Las tropas derrotadas de don Pedro no se someten al vencedor y van a refugiarse en las fortalezas y ciudades vecinas. El pueblo, que ama al rey don Pedro, niégase a reconocer al fratricida y le hace sufrir la humillación de ver las puertas de las ciudades cerradas a su paso y negada la sumisión, que sólo alcanza por la fuerza.

Ayala en su crónica y Froissard en la de Duglesclín, nos dicen que

fué necesario enseñar la cabeza del asesinado en Montiel, a las ciudades de Castilla, para que, convencidas de su muerte, se sometieran a la obediencia de don Enriq. Es Ayala quien nos dice que Toledo tardó catorce meses en abrir sus puertas, y cuando lo hizo no fué por voluntad de sus habitantes, sino obligada por el hambre tan rigorosa, que una mujer se comió su propio hijo. Es Ayala, quien nos dice que se tomaron por la fuerza Zamora, Ciudad Rodrigo, Logroño, Vitoria, Salvatierra, Santa Cruz, Requena, Molina, Alcántara, Valencia de Alcántara, Tuy, Santiago, Lugo, La Coruña y cientos de villas y castillos que, fieles a la memoria



de don Pedro, cerrando sus puertas al bastardo, y hasta ciudades hubo que por no aceptarle, se separaron de Castilla.

Digno ejemplo de fidelidad a la memoria de un rey a quien sus enemigos llamaban el *tirano malo*, pero al que, el pueblo, con su instinto certero, reconocía como su defensor y como su caudillo.

De intento hemos dejado de consignar la conducta de don Martín López de Córdoba en estos tristes sucesos. Al emprender la marcha don Pedro para combatir al bastardo, llama a su leal Maestre, que a marchas forzadas se dirige al real castellano. En su camino, nos dice la crónica, «algunos de los del Rey Don Pedro que partieron de allí, fallaron a Martín López de Córdoba, que venía a campañas del Rey Don Pedro, para ser con él en la batalla, e contáronle como el Rey Don Pedro e los que con él eran avían seido desbaratados. El Maestre Don Martín López, des-

que sopo estas nuevas tornose para Carmona, do estaban los fijos del Rey Don Pedro».

Nada espera ya de Don Pedro, y entonces es cuando entre tantas infamias y traiciones se alza arrogante la figura del Maestre de Calatrava que, fiel a la memoria de su rey, tórnase a Sevilla, y recogiendo el sagrado depósito de los hijos de Don Pedro y sus tesoros, va a encerrarse con ellos en los muros de Carmona, y durante dos años sostiene enhiesto el estandarte del rey legítimo a pocos pasos de la corte del usurpador.

Dos años en que ante los muros de Carmona se estrellaron los esfuerzos de los soldados de Don Enrique, y en los que los sitiados realizaron proezas de troyanos como las calificara Gutier Díez, el cronista de Pero Niño.

Dos años en los que Carmona fué la afrenta viva que sobre la frente del bastardo lanzaba don Martín López de Córdoba, cuyos entusiasmos y esfuerzos secundaban ilustres capitanes, entre los que la nobleza de Córdoba estaba dignamente representada.

Carmona, celosa defensora de los hijos de Don Pedro, situada en una eminencia que la hacía inexpugnable y defendida por don Martín y sus caballeros agrupados bajo el pendón real, no podía ser tomada por las armas, y don Enrique comisiona al Condestable para que trate los términos en que sería entregada la plaza y las condiciones que para ello exigirían sus heroicos defensores.

¡Noble y leal don Martín de Córdoba!

Convencido de la inutilidad de continuar la lucha y sin esperanza de un cambio en la marcha de los sucesos, nada pide para él, y sólo impone como condición única la libertad de cuantos encierran los muros de Carmona, en cuyo recinto no habría de entrar don Enrique ni uno sólo de sus soldados, hasta tanto que las hijas de Don Pedro y sus tesoros no hubiesen llegado a Inglaterra, donde serían llevadas por hombres de la confianza del Maestre, cuyo regreso, una vez cumplida su misión, había de esperar don Enrique para tomar posesión de la plaza.

Aceptadas las condiciones, parten las Infantas acompañadas por nobles cordobeses, a cuyo frente figura Alfonso Ruíz, que por este hecho fué conocido por el *de las Infantas*, sobrenombre que como apellido de tan ilustre linaje ha llegado hasta nuestros días, y a su regreso cumple el Maestre su promesa entregando la fortaleza de Carmona, que no pudo vencer la fuerza de las armas, pero que consiguió vencer la traición y la falsía de don Enrique.

Dueño éste de la plaza, manda prender al Maestre y a Mateo Fernández de Cáceres, guardasellos de don Pedro, y conducidos a Sevilla fueron decapitados, faltando una vez más don Enrique a la lealtad y a la fe juradas.

Ayala, en su crónica, atenúa las faltas de don Enrique unas veces y otras las calla en absoluto, mientras que todos los actos de Don Pedro y de sus partidarios, aún los más heroicos y nobles, se presentan con la duda y la insidia que siembran en el ánimo del lector la desconfianza.

Al mismo Maestre llega a tacharle de traidor a Don Pedro, cuando la



conjura de Córdoba, aunque, como siempre, agrega a continuación que «ésto no se sabía de cierto».

Esta manera de relatar los hechos culmina en la rendición de Carmona, cuya capitulación altera diciendo que fué pedida por el Maestre, y que en virtud de ella se comprometió a entregar preso a Mateo Fernández de Cáceres, guardasellos del Rey.

Por fortuna para la verdad histórica, el hallazgo de un documento de la época hasta hoy poco conocido, permite reivindicar la memoria de don Martín López de Córdoba, al que después de su heroísmo y muerte intentó infamar con torpe felonía el *verídico* cronista de don Enrique, tratando de oscurecer la ilustre figura del que, por derecho propio, ocupa el lugar preferente del nobiliario cordobés.

El documento, procedente del Convento de San Pablo de Córdoba, dice

así: «e fué así que cuando el Rey Don Pedro quedó cercado en el castillo de Montiel de su hermano el Señor Rey don Enrique, mi padre bajó a la Andalucía a llevar gente para socorrerlo, y llevándola, halló que era muerto a manos de su hermano, y vista esta desgracia, tomó el camino para Carmona, donde estaban las señoras Infantas hijas del Señor Rey Don Pedro y parientas tan cercanas de mi marido y mías por mi madre; y el Señor Rey Don Enrique viéndose Rey de Castilla se vino a Sevilla y puso cerco a Carmona, y como es villa tan fuerte estuvo muchos meses cercada... y el Señor Rey Don Enrique, visto que no podía por fuerzas de armas entrarse a satisfacerse, mandó al Condestable de Castilla tratase de medios con mi padre e los medios que mi padre trató fueron dos: el uno que las Señoras Infantas las habían de poner libres a ellas y a sus tesoros en Inglaterra antes que él entregase la Villa dicha al Rey, y así fué fecho, porque mandó a unos escuderos suyos naturales de Córdoba y de su apellido que fuesen con ellas y la demás gente que le pareció. El otro capítulo fué que él e sus hijos e valedores y los que habían asistido por su orden en aquella Villa fuesen perdonados del Rey y dados por leales a ellos e a sus haciendas, y así lo dió firmado el dicho Condestable en nombre del Rey, e de allí fueron el e sus hijos a la demás gente a besar la mano del Rey, y el Rey don Enrique mandolos prender y poner en las Atarazanas de Sevilla, y el dicho Condestable, visto que el Señor Rey Don Enrique non le había cumplido la palabra que el había dado en su nombre al dicho Maestre, se salió de su corte y nunca más volvió a ella; y el Señor Rey mandó que le cortasen la cabeça a mi padre en la plaza de San Francisco de Sevilla, y que le fuesen confiscados sus bienes y los de su yerno valedores y criados; e yéndole a cortar la cabeza encontró con Mosen Beltrán de Clequin caballero francés que fué el caballero que el Rey Don Pedro se había fiado dél que lo ponía en salvo estando cercado en el castillo del Montiel, no cumpliendo lo que le prometió, antes lo entregó al Rey Don Enrique para que lo matase; y como encontró al Maestre dijole: «Señor Maestre, ¿nom vos decía yo que vuestras andanzas habían de parar en esto? y el respondió: «Más vale morir como leal, como yo lo he fecho, que non vivir como vos vivis, habiendo sido traidor «Y estuvimos los demás que quedamos presos nueve años hasta que el Señor Rey Don Enrique falleció...»

Este documento curiosísimo se conserva en el archivo de la Academia de la Historia y arroja copiosa luz sobre el desenlace que tuvo el drama de Carmona. Su autor, doña Leonor López de Córdoba, hija del muy

honrado Maestre don Martín, describe con toda claridad y concisión los hechos de que fué testigo.

En su redacción no se advierte ánimo de defender a Don Pedro ni de inculpar a Don Enrique, y siendo cierto en todo cuanto no está en contradicción con la crónica de Ayala, debe serlo en lo que ésta se opone.

El cadáver del heroico don Martín fué enterrado en la iglesia de San Francisco, de Sevilla, donde permaneció hasta la muerte de don Enrique que, al otorgar su testamento, ordenó la libertad de doña Leonor y de su esposo, únicos supervivientes del largo cautiverio, así como ordenó la restitución de los bienes que habían sido confiscados.

Años después, restablecida en sus estados Doña Leonor López de Córdoba, hizo levantar la capilla del Rosario en San Pablo de Córdoba, y fueron definitivamente sepultados los restos del que, a semejanza del heroico Fernán Ruíz de Castro, sobre la sepultura pudo escribirse:

«AQUÍ YACE TODA LA LEALTAD DE ESPAÑA
Y TODA LA ENTEREZA Y DIGNIDAD CASTELLANA».

ANTONIO SARAZÁ Y MURCIA.



SEÑORES ACADÉMICOS:

Para justificar el acierto tenido al conferir a don Antonio Sarazá Murcia la plaza de Número de que acaba de posesionarse, basta el discurso que acaba de leer. Revela en él su vasta cultura histórica, no menos que su amor a las investigaciones documentales, encaminadas a esclarecer biografías de personajes o sucesos renombrados. No menos claramente manifiesta el entusiasta patriotismo con que enaltece la ilustre figura de don Martín de Córdoba.

Permitidme, sin embargo, que os recuerde, que en buena lid, obtuvo los títulos profesionales de Bachiller, Profesor de Instrucción Primaria y Jefe de Negociado del Cuerpo Técnico de Telégrafos; que sus méritos científicos y literarios fueron reconocidos por la Sociedad Cordobesa de Arqueología y por las Academias Hispano-Americana de Cádiz y de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, a las que pertenece, y que organizó sin auxilio oficial alguno la primera Feria Cordobesa de Muestras, y doce exposiciones de Bellas Artes y Fotografías.

En nuestro seno desarrolló importantes conferencias: «Los Cueros de Córdoba», 1915; «Datos inéditos de la vida del Gran Capitán», 1915; «Córdoba, patria del Gran Capitán», 1915; «Wallada, poetisa cordobesa del siglo XI», 1916, y «Necrología de don Alfredo Cazabán», 1932. El mérito de estos trabajos, justamente apreciados por vosotros, hízole acreedor a la distinción con que la Academia le honra. Tiene, pues, don Antonio Sarazá, una historia brillante en esta casa. Estaba ya reconocido como figura destacada en la cultura cordobesa contemporánea.

Bien conocido es también de vosotros el publicista. «Covadonga», conferencia pronunciada en Málaga; «Cervantes y sus obras», monografía premiada con ocasión del Centenario del insigne autor del Quijote; «La agricultura y la instrucción como fundamentos de prosperidad pública», también laureada, como galardoneadas le fueron «Nobel y sus premios», «La higiene en la escuela primaria», «Proyecto memoria de edificación escolar», «Arte industrial», «Guadamacés», «Influencia de los establecimientos militares en la agricultura de la región», «El canal de Panamá y el comercio internacional», «Vida y hechos de Gonzalo Fernández de Córdoba» y «El castellano, lengua de España».

En «Radiografía» reveló sus aptitudes para los trabajos de vulgarización científica.

El turismo, fuente de riqueza, mas al par, índice de grandezas históricas y arqueológicas, ha tenido en nuestro nuevo compañero un entusiasta valedor.

La revista «Andalucía», durante cinco años dirigida por él con singular acierto, es homenaje de filial cariño a esta región privilegiada. Sus folletos «Montoro», «Pedro Abad», «Belalcázar», «Villa del Río» y «Priego de Córdoba», exteriorizan muchas bellezas de aquellas localidades, y «Córdoba, Ciudad de los Califas», es compendio y síntesis de ese exaltado sentimiento patriótico que tanto enaltece al señor Sarazá.

La figura de don Martín de Córdoba, por el señor Sarazá, tan cariñosamente estudiada, muévase en el cuadro de agitadas pasiones, luchas enconadas y tintes sombríos, características del reinado de Don Pedro de Castilla, el *Cruel* para unos y el *Justiciero* para otros, si bien, al decir de un ilustre historiador contemporáneo—el señor Ballesteros—«la pasión» de sus detractores apellidándolo el Cruel, y vituperando sus hechos y su memoria, y la no menos parcial de sus panegiristas, presentándole como «encarnación de la justicia, y buscando modo y manera de explicar sus actos y de razonar su conducta, son causa de que siga estudiándose esta «figura histórica, sin que podamos pensar todavía en una obra concluyente y definitiva». Un anhelo de interés nacional, clamaba a grandes voces, para esclarecimiento de este problema histórico, transcendental, no resuelto todavía, apesar del magistral estudio de don Aurelio Fernández Guerra, contestación al discurso de recepción de don F. Javier de Salas, y de las muchas y valiosas producciones opuestas españolas y extranjeras dadas a luz con posterioridad, entre las que no puedo dejar de recordar la fundamental de don Juan Catalina García, y la de nuestro compatriota don Rafael Ramírez de Arellano.

La famosa *Crónica del Rey Don Pedro*, de Pedro López de Ayala, fuente tan principal para el estudio de esta época, sigue siendo objeto, como en el discurso del señor Sarazá hemos podido observar, de iguales enconadas controversias que el reinado a que se refiere.

En la historia de nuestra literatura jurídica asígnasele juntamente con las del mismo autor, referentes a los reinados de Don Enrique II, Don Juan I y Don Enrique III, mérito superior a los trabajos meramente narrativos, con anterioridad publicados por otros cronistas, e indicios de historia propiamente dicha, en gran parte debido a las circunstancias perso-

nales de su autor, ya que López de Ayala, hombre de instrucción y acostumbrado a los negocios públicos, si bien no revela, el candor atrayente de los antiguos narradores, sabe escudriñar las acciones humanas y ponerlas de relieve con gran sagacidad, adoptando, a imitación de Tito Livio, aquel sistema de poner en boca de sus personajes arengas y discursos, o escribir epístolas, para mejor manifestar los sentimientos de que se hallaban animados.

Y ved si respecto de la *Crónica* de Pérez de Ayala no estamos necesitados también de observaciones críticas tan juiciosas y eruditas como las que su estudio ha sugerido al señor Sarazá, pues mientras este escritor, y los no pocos que abundan en su criterio, encuentran en Ayala la personificación del desvío, del apasionamiento, y aún de la injusticia contra Don Pedro al deslizar siempre juicios muy favorables a Don Enrique, no faltan todavía quienes, menos depuradores de la exactitud histórica, o más adheridos a la tradición de los partidarios de López de Ayala, parezcan repetir, a través de los tiempos, aquellas palabras de su sobrino Fernán Pérez de Guzmán: «Fué de muy dulce condición y de buena conversación »y de gran conciencia, que temía mucho a Dios. Amó mucho las ciencias, »diose mucho a los libros e historias, tanto que como quiera que él fuese »azas caballero y de gran discreción en la plática del mundo, pero naturalmente fué inclinado a las ciencias, e con esto gran parte del tiempo »ocupaba en leer y estudiar, no en obras de derecho, sino de Filosofía e »Historia, dando a conocer en Castilla libros como «La historia romana», »Las caídas de los Príncipes», «Los Morales de San Gregorio», «El Isidoro», «El Beocio», «La historia de Troya», etc.»

Pero si la discusión sigue tenaz y empeñada en torno de la figura de Don Pedro de Castilla, no menos que en derredor de la crónica en que López de Ayala recogiera los hechos y juicios de aquel reinado, lo indiscutible, para dicha nuestra, es la gran figura de don Martín de Córdoba, leal entre tantas delealtades, fuerte entre tantos decaimientos, noble entre tantas bastardías, hidalgo y generoso frente a ruindades ensombrecedoras de aquellos aciagos días.

No pudieron realizar mejor proeza la lealtad e hidalguía de un hombre bien nacido. Alistado bajo las banderas de Don Pedro, peleó bajo ellas con denuedo y sin desmayo. No abandonó un instante la causa que había jurado defender. Y cuando ya no pudo consagrarse al sacrificio en favor de Don Pedro, como si hubiera interpretado las últimas amarguras de su vida, y desbordando sus nobles sentimientos, hubiera querido apre-

surarse a consolarlas; muerto Don Pedro en Montiel, acudió presuroso a Carmona en amparo de las Infantas. Juzguemos de la luz, del consuelo, de la tranquilidad que las reanimaría, sabedoras de la muerte de su padre, y presas de terrible sozobra ante su incierto porvenir, al hallar que don Martín, mas que blandiendo su espada, levantando su corazón al heroísmo, resuelto y aguerrido, disponíase a librarlas de las persecutorias venganzas de los secuaces del bastardo. Y como si la firmeza de la resolución agigantara los medios defensivos, luchó en balde todo el poderío de Don Enrique contra aquel recinto murado de Carmona, no sólo guardador de vidas inocentes y amenazadas, sino de la alta ejemplaridad legada a la historia por don Martín.

Y, como hemos visto, llegó a más su previsión. Celebradas las capitulaciones, quedó todavía en su poder la villa de Carmona, hasta el feliz arribo de las Infantas a Inglaterra. Y cuando toda esta cautela había adoptado en favor de las hijas del Rey, y es de suponer que no habría de írsele por alto la necesaria para su propia personal defensa, no hizo de ella, sin embargo, la misma cuestión que había planteado en obsequio de las Infantas. Salvaguardadas éstas, parecióle, sin duda, que todo estaba hecho. Asegurar su propia vida, no le interesaba tanto. Y cuando traídonamente arrancósele en vil decreto, ¿qué decir, sino que entraba el hidalgo gloriosamente en la inmortalidad?

Quiero terminar recordando, henchido de optimismo, la gran frase calderoniana: *No se pierde hacer bien ni aún en sueños*. El que realizó Don Martín en favor de las Infantas, fuele recompensado por el cariño filial. Su hija doña Leonor, cuyas palabras, tiernas y conmovedoras envolvían hace un momento nuestro espíritu cual brisas perfumadas de estos primaverales días, supo hacerlo a maravilla. El caballero cordobés merecía guardar sus despojos mortales en esta su insigne patria, y fué aquel gran corazón femenino quien, salvando dificultades, venciendo obstáculos, rindiendo amores, de Sevilla los trasladó a Córdoba, guardándolos en la capilla del Rosario de San Pablo, tan emotiva, tan bella, de sugerencias tan singulares. Si a todo señor, todo honor, al gran señor cordobés, el honor merecido de su sepultura cordobesa.

Y nada más. Lamento que para la bienvenida a nuestro nuevo compañero no hayan resonado en este ambiente palabras más autorizadas y elocuentes. En las que yo acabo de pronunciar, entrevea el señor Sarazá el cariño con que la docta corporación lo recibe, proclamando sus méritos, de los que tanto esperan los nobles fines que persigue. Y entrevea tam-

bién el cordial entusiasmo con que he querido aplaudirle, no sólo por su cultura y sus merecimientos, sino también por habernos dado ocasión de circundar la figura de don Martín de Córdoba, con la aureola de nuestros más fervientes entusiasmos.

HE DICHO.

23-V-933.



ANTOLOGÍA DE CÓRDOBA

PERFUME DE CORDOBA

Ibn-Sadeh cuenta: «Había yo llegado a Toledo con mi hermano, y ambos fuimos a hacer una visita al jeque Abu-Bekr. Apenas entramos donde estaba, nos preguntó de donde veníamos. De Córdoba, respondimos. ¿Y cuándo la dejásteis?, volvió a preguntar. No ha mucho, volvimos a responderle. Entonces, dijo, llegaos más cerca de mí, a fin de que yo respire el ambiente de Córdoba. Y cuando ya estuvimos junto a él, se inclinó sobre mi cabeza y dijo:

¡Oh ciudad de la ciudades,
Córdoba espléndida y clara!,
¿cuándo volveré a tu seno,
hermosa y querida patria?

¡Ojalá fecunda lluvia
sobre tus pensiles caiga,
mientras que el trueno repita
el eco de tus murallas!

Brillen serenas tus noches,
un cinturón de esmeraldas
te cerque, y tu fértil vega
te perfume con algalia.

(De *Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia*, por Adolfo Federico Schack; traducción de don Juan Valera).

LOORES DE CORDOBA

De Carrillo de Córdoba (Francisco), en *Certaman histórico por la patria del esclarecido protomártir español San Laurencio*:

La más venerable por su ancianidad, ilustre por su nobleza y rica por su fertilidad de todas las ciudades de España, la colonia patricia, trono

majestuoso de los romanos, señores de la mayor parte del mundo; el augusto solio en el imperio de los godos y silla regia en el de los árabes; el mayor y más solemne y público anfiteatro, que en nuestra Hesperia ha venerado la piedad católica y tenido y admirado el gentilico barbarismo, desde donde (como desde gloriosa cátedra) dieron sus hijos ilustres reglas de valor y constancia a todos los demás mártires del orbe, ilustrando con su sangre la religión cristiana y evangélica, que con sus voces habían predicado... Córdoba es de la que hablo.

Repártiöse sitio en el celeste globo, en la mejor ribera de Guadalquivir, en quien se pueden hermosamente competir lo ameno y apacible, con lo fértil y provechoso. Dióte tan antiguo origen, que, no alcanzándole memoria ni discurso humano; rendidos ambos a tan venerable ancianidad, en cualquiera de los pasados siglos te advierte el mundo grande y jamás pequeña. Hízote célebre en él por corazón y cabeza de España, de donde, como de perenne fuente, se ha difundido en todos sus hijos nobleza singular de sangre, valeroso ardimiento en la milicia, prudencia rara en el consejo, admirable acierto en el gobierno político; copiosas luces de ciencias, notables habilidades de ingeniosas artes, ricos tesoros de plata y oro en sus minas, ópimos y diversos frutos para tu mantenimiento, con que de nadie necesitas; ejemplos de estabilidad eterna, que han conservado invariado siempre tu augusto nombre, grandeza que de pocas ciudades se puede con igual verdad referir...

Viéronte los extraños y los propios corte célebre de los antiguos reyes naturales de nuestra Hesperia, muchas veces. Pasaste al imperio de los romanos, su primera colonia en esta Bética provincia, ilustrada con lo más noble de sus caballeros patricios y más calificado de sus senadores y cónsules, escogidos con providencia especial para sus pobladores; tal vez (y no una sola) fuiste, ¡oh venerable Córdoba!, el más decente trono de la silla imperial de sus mayores césares y emperadores... Estimáronte los godos por lustre y decoro de sus cetros y timbre de sus esclarecidas coronas. Escogióronte los árabes por majestuoso y único descanso de su altiva grandeza y tirano poder. Con que en antigüedad de origen, en hermosura y fertilidad de sitio, en acrisolada calidad de sangre, en finezas de lealtad, en abundancia de riquezas, en excelencia de ingenios, en majestad de muros, en grandeza de material población, en honores y estimación de los reyes y emperadores gentiles, católicos, árabes y cristianísimos, de muy pocas ciudades de todo el mundo te miras competida, de

muchas envidiada y de ninguna en tantas como estas prerrogativas excedida.

C O R D O B A

De JUAN SOCA CORDON

Un cielo claro en ojos claros.
El alma abierta a la Ilusión.
Raza sencilla de hombres raros
de corazón para el corazón.

Flor de la gloria de su historia,
héroes y santos de alma recia.
Su más brillante ejecutoria:
gana la gloria y la desprecia.

Un claro cielo en ojos claros.
Raza sencilla de hombres raros
de alma propicia a la Ilusión.

Flor de la gloria de su historia,
ganar y despreciar la gloria.
¡Y el corazón para el corazón!



INDICE

DEL

Boletín de la Academia de Córdoba

DURANTE EL AÑO 1933

ÍNDICE DE MATERIAS

Páginas

Unos documentos de 1490 sobre Abulcásim Venegas, Alguacil de Granada, por Antonio de la Torre y del Cerro.....	5
De D. Luis de Góngora, en el Parnaso: A sus Biógrafos y Panegiristas, en la villa y corte de Madrid, por Manuel de Góngora.....	29
La Poesía Moderna, por José Manuel Camacho Padilla.....	37
Noticias.....	63
La Semana Cordobesa.....	69
Discurso inaugural, por José Amo Serrano.....	71
Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú, por José de la Torre y del Cerro.....	77
Estudios Cordobeses, por José Manuel Camacho Padilla.....	125
Conferencia de don Rafael Castejón.....	139
Un Poeta en la sombra, por José Priego López.....	141
Cordobeses ilustres: Obra póstuma del Médico montillano Doctor Solano de Luque y las crisis en Medicina, por José Salas Vacas.....	203
Una tradición cordobesa: El Doble de Ceba, por Angel Torres.....	219
Ideales sociales de Séneca, por Pascual Santacruz.....	225
El Poeta don Pedro de Lara, por Benigno Íñiguez González.....	235
Semana Cordobesa, por José Manuel Camacho Padilla.....	251
Antología de Córdoba.....	255
Don Fernando Amor y Mayor, por José Amo.....	269
Comentarios a una visita a la Exposición: Conferencia pronunciada en la Diputación el día 13 de Noviembre de 1931, por José Manuel Camacho Padilla.....	275
El Poeta Manuel de Sandoval, por Benigno Íñiguez.....	297
Una página de la historia de Córdoba, por Antonio Sarazá Murcia....	311
Contestación al discurso de don Antonio Sarazá Murcia, por Manuel Enriquez Barrios.....	335
Antología de Córdoba.....	341



